

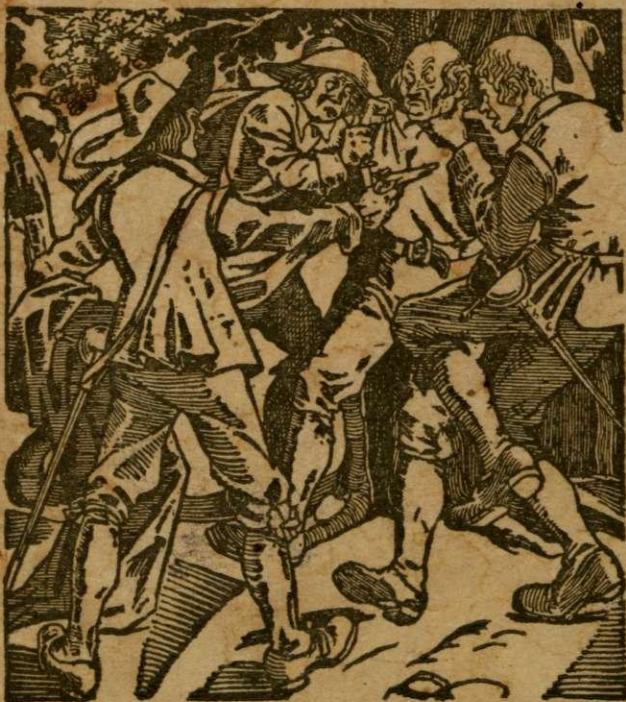
Esta obra es una reproducción digital de un ejemplar conservado en la ***Biblioteca de la Residencia de Estudiantes. Madrid***

Podrá ser utilizada con fines de consulta, estudio o investigación, siempre que se respete la autoría y la integridad de la obra, en los términos previstos por la legislación vigente. No se permite en ningún caso el uso comercial de la obra, ni en todo ni en parte. Cualquier otra utilización deberá ser autorizada expresamente por ***La Fundación Residencia de Estudiantes. Madrid***

JUNTA PARA AMPLIACION  
DE ESTUDIOS  
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL  
ESTUDIANTE XIII

# TIRSO DE MOLINA





TIRSO DE MOLINA



BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE  
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL  
TOMO XIII

# TIRSO DE MOLINA

SELECCION HECHA POR  
SAMUEL GILI GAYA

*Dibujos de F. Marco.*

MADRID, MCMXXII

INSTITUTO — ESCUELA  
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS





# EL CONDENADO POR DESCONFIADO

## JORNADA PRIMERA

### ESCENA I

(Sale PAULO de ermitaño.)

PAULO. ¡Dichoso albergue mío!  
¡Soledad apacible y deleitosa,  
que en el calor y el frío  
me dais posada en esta selva umbrosa,  
donde el huésped se llama  
o verde hierba o pálida retama!  
Agora, cuando el alba  
cubre las esmeraldas de cristales,  
haciendo al sol la salva,  
que de su coche sale por jarales,  
con manos de luz pura  
quitando sombras de la noche oscura,



salgo de aquesta cueva  
que en pirámides altos de estas peñas  
naturaleza eleva,  
y a las errantes nubes hace señas  
para que noche y día,  
ya que no hay otra, le haga compañía.

Salgo a ver este cielo,  
alfombra azul de aquellos pies hermosos.  
¿Quién, ¡oh celestes cielos!  
aquesos tafetanes luminosos  
rasgar pudiera un poco  
para ver...? ¡Ay de mí! Vuélvome loco.

Mas ya que es imposible,  
y sé cierto, Señor, que me estáis viendo  
desde ese inaccesible  
trono de luz hermoso, a quien sirviendo  
están ángeles bellos,  
más que la luz del sol hermosos ellos,  
mil glorias quiero daros  
por las mercedes que me estáis haciendo  
sin saber obligaros.  
¿Cuándo yo merecí que del estruendo  
me sacarais del mundo,  
que es umbral de las puertas del profundo?

¿Cuándo, Señor divino,  
podrá mi indignidad agradeceros  
el volverme al camino,  
que, si yo lo conozco, es fuerza el veros,  
y tras esta victoria,

darme en aquestas selvas tanta gloria?

Aquí los pajarillos,  
amorosas canciones repitiendo  
por juncos y tomillos,  
de Vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:  
"Si esta gloria da el suelo,  
¿qué gloria será aquella que da el Cielo?"

Aquí estos arroyuelos,  
jirones de cristal en campo verde,  
me quitan mis desvelos,  
y son causa a que de Vos me acuerde;  
¡tal es el gran contento  
que infunde al alma su sonoro acento!

Aquí silvestres flores  
el fugitivo tiempo aromatizan,  
y de varios colores  
aquesta vega humilde fertilizan.  
Su belleza me asombra:  
calle el tapete y berberisca alfombra.

Pues con estos regalos,  
con aquestos contentos y alegrías,  
¡bendito seas mil veces,  
inmenso Dios, que tanto bien me ofreces!

Aquí pienso seguirte,  
ya que el mundo dejé para bien mío;  
aquí pienso servirte,  
sin que jamás humano desvarío,  
por más que abra la puerta  
el mundo a sus engaños, me divierta.

Quiero, Señor divino,  
pediros de rodillas humildemente  
que en aqueste camino  
siempre me conservéis piadosamente.  
Ved que el hombre se hizo  
de barro vil y de barro quebradizo.

ESCENA II

(Sale PEDRISCO con un haz de hierba. Pónese PAULO de rodillas, y élévase.)

PEDRISCO. Como si fuera borrico  
vengo de hierba cargado,  
de quien el monte está rico:  
si esto como, ¡desdichado!,  
triste fin me pronostico.

.....  
De mi tierra me sacó  
Paulo, diez años habrá,  
y a aqueste monte apartó;  
él en una cueva está,  
y en otra cueva estoy yo.

Aquí penitencia hacemos,  
y sólo hierbas comemos,  
y a veces nos acordamos  
de lo mucho que dejamos  
por lo poco que tenemos.

Aquí al sonoro raudal

---

JORNADA PRIMERA

---

de un despeñado cristal,  
digo a estos olmos sombríos:  
“¿Dónde estáis, jamones míos,  
que no os doléis de mi mal?”

Cuando yo solía cursar  
la ciudad y no las peñas  
(¡memorias me hacen llorar!),  
de las hambres más pequeñas  
gran pesar solíais tomar.

Erais, jamones, leales:  
bien os puedo así llamar,  
pues merecéis nombres tales,  
aunque ya de las mortales  
no tengáis ningún pesar.”

.....

ESCENA III

*(PAULO sueña que la muerte le hiere en el corazón, y al quedar su cuerpo “como despojo de la madre tierra”, el alma libertada se presenta ante el Tribunal de Dios, donde ve con espanto que sus culpas pesan más que sus buenas obras en la balanza del Justicia mayor del Cielo; el Juez santo le condena al Infierno.)*

PAULO. Con aquella fatiga y aquel miedo  
desperté, aunque temblando, y no vi nada  
si no es mi culpa, y tan confuso quedo,

que si no es a mi suerte desdichada,  
o traza del contrario, ardid o enredo,  
que vibra contra mí su ardiente espada,  
no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,  
me declarad la causa de este espanto.

¿Heme de condenar, mi Dios divino,  
como este sueño dice, o he de verme  
en el sagrado alcázar cristalino?

Aqueste bien, Señor, habéis de hacerme.  
¿Qué fin he de tener? Pues un camino  
sigo tan bueno, no queráis tenerme  
en esta confusión, Señor eterno.

¿He de ir a vuestro Cielo, o al Infierno?

Treinta años de edad tengo, Señor mío,  
y los diez he gastado en el desierto,  
y si viviera un siglo, un siglo fío  
que lo mismo ha de ser: esto os advierto.  
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,  
¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.  
Respondedme, Señor; Señor eterno,  
¿he de ir a vuestro Cielo, o al Infierno?

#### ESCENA IV

*(Aparece el DEMONIO en lo alto de una peña.)*

DEMONIO. Diez años ha que persigo  
a este monje en el desierto,  
recordándole memorias

---

X

JORNADA PRIMERA

---

y pasados pensamientos ;  
siempre le he hallado firme,  
como un gran peñasco opuesto.  
Hoy duda en su fe, que es duda  
de la fe lo que hoy ha hecho,  
porque es la fe en el cristiano  
que sirviendo a Dios y haciendo  
buenas obras, ha de ir  
a gozar de El en muriendo.  
Este, aunque ha sido tan santo,  
duda de la fe, pues vemos  
que quiere del mismo Dios,  
estando en duda, saberlo.  
En la soberbia también  
ha pecado : caso es cierto.  
Nadie como yo lo sabe,  
pues por soberbio padezco.  
Y con la desconfianza  
le ha ofendido, pues es cierto  
que desconfía de Dios  
el que a su fe no da crédito.  
Un sueño la causa ha sido ;  
y el anteponer un sueño  
a la fe de Dios, ¿quién duda  
que es pecado manifiesto?  
Y así me ha dado licencia  
el Juez más supremo y recto  
para que con más engaños  
le incite agora de nuevo.

Sepa resistir valiente  
los combates que le ofrezco,  
pues supo desconfiar  
y ser, como yo, soberbio.

.....

De ángel tomaré la forma,  
y responderé a su intento  
cosas que le han de costar  
su condenación, si puedo.

*(Quítase el DEMONIO la túnica y queda de ángel.)*

PAULO. ¡Dios mio! Aquesto os suplico.  
¿Salvaréme, Dios inmenso?  
¿Iré a gozar vuestra gloria?  
Que me respondáis espero.

DEMONIO. Dios, Paulo, te ha escuchado,  
y tus lágrimas ha visto.

PAULO. ¡Qué mal el temor resisto! *(Aparte.)*  
Ciego en mirarlo he quedado.

DEMONIO. Me ha mandado que te saque  
de esa ciega confusión,  
porque esa vana ilusión  
de tu contrario se aplaque.

Ve a Nápoles, y a la puerta  
que llaman allá del Mar,  
que es por donde tú has de entrar  
a ver tu ventura cierta  
o tu desdicha, verás





Por verle me muero ya.  
¡Qué contento estoy! ¡qué ufano!

ESCENAS V A X

[PAULO, acompañado de PEDRISCO, se dispone a ir a Nápoles. El DEMONIO ha logrado su plan, pues ha infundido la duda en el espíritu del ermitaño.]

DEMONIO. Bien mi engaño va trazado.  
Hoy verá el desconfiado  
de Dios y de su poder  
el fin que viene a tener,  
pues él propio lo ha buscado.

ESCENAS XI Y XII

[PAULO y PEDRISCO llegan a la Puerta del Mar, en Nápoles, sitio designado por el Demonio para que conozcan a Enrico.]

PEDRISCO. Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO. Secretos son de Dios.

PEDRISCO. ¿De modo, padre,  
que el fin que ha de tener aqueste Enrico,  
ha de tener también?

PAULO. Faltar no puede  
la palabra de Dios: el ángel suyo  
me dijo que si Enrico se condena,

X

JORNADA PRIMERA

---

me he de condenar ; y si él se salva,  
también me he de salvar.

PEDRISCO. Sin duda, padre,  
que es un santo varón aqueste Enrico.

PAULO. Eso mismo imagino.

PEDRISCO. Esta es la puerta  
que llaman de la Mar.

PAULO. Aquí me manda  
el ángel que le aguarde.

[*Aparece ENRICO con sus compañeros.*]

ROLDÁN. Deteneos, Enrico.

ENRICO. Al mar he de arrojalle, vive el cielo.

PAULO. A Enrico oí nombrar.

ENRICO. ¿Gente mendiga  
ha de haber en el mundo?

CHERINOS. Deteneos.

ENRICO. Podrásme detener en arrojándole.

CELIA. ¿Dónde vas? Detente.

ENRICO. No hay remedio :  
harta merced te hago, pues te saco  
de tan grande miseria.

ROLDÁN. ¡Qué habéis hecho!  
(*Salen todos.*)

ENRICO. Llegóme a pedir un pobre una limosna ;  
dolióme el verle con tan gran miseria ;  
y por que no llegase a avergonzarse  
otro desde hoy, cogile en brazos  
y le arrojé en el mar.

PAULO. ¡Delito inmenso!

ENRICO. Ya no será más pobre, según pienso.

PEDRISCO. ¡Algún diablo limosna te pidiera!

CELIA. ¡Siempre has de ser cruel!

ENRICO. No me repliques,  
que haré contigo y los demás lo mismo.

ESCALANT. Dejemos eso agora, por tu vida.  
Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO (a PEDRISCO).

A éste han llamado Enrico.

PEDRISCO.

Será otro.

¿Querías tú que fuese este mal hombre,  
que en vida está ya ardiendo en los infiernos?

Aguardemos a ver en lo que para.

ENRICO. Pues siéntense voarcedes, porque quiero  
haya conversación.

ESCALANT. Muy bien ha dicho.

ENRICO. Siéntese Celia aquí.

CELIA. Ya estoy sentada.

ESCALANT. Tú, conmigo, Lidora.

LIDORA. Lo mismo digo yo, seor Escalante.

CHERINOS. Siéntese aquí, Roldán.

ROLDÁN. Ya voy, Cherinos.

PEDRISCO. ¡Mire qué buenas almas, padre mío!  
Lléguese más, verá de lo que tratan.

PAULO. ¡Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO. Mire y calle,

que somos pobres, y este desalmado  
no nos eche en la mar.

ENRICO. Agora quiero  
que cuente cada uno de vuarcedes  
las hazañas que ha hecho en esta vida.  
Quiero decir... hazañas... latrocinios,  
cuchilladas, heridas, robos, muertes,  
salteamientos y cosas de este modo.

ESCALANT. Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO. Y al que hubiere  
hecho mayores males, al momento  
una corona de laurel le pongan,  
cantándole alabanzas y motetes.

ESCALANT. Soy contento.

ENRICO. Comience, seo Escalante.

PAULO. ¡Que esto sufre el Señor!

PEDRISCO. Nada le espante.

ESCALANT. Yo digo así.

PEDRISCO. ¡Qué alegre y satisfecho!

ESCALANT. Veinticinco pobretes tengo muertos,  
seis casas he escalado, y treinta heridas  
he dado con la chica.

PEDRISCO. ¡Quién te viera  
hacer en una horca cabriolas!

ENRICO. Diga, Cherinos.

PEDRISCO. ¡Qué ruin nombre tiene!  
¡Cherinos! Cosa poca.

CHERINOS. Yo comienzo:  
No he muerto a ningún hombre; pero he





Con regalos me crié  
en Nápoles, que ya pienso  
que conocéis a mi padre,  
que aunque no fué caballero  
ni de sangre generosa,  
era muy rico, y yo entiendo  
que es la mayor calidad  
el tener, en este tiempo.

.....  
Hurtaba a mi viejo padre,  
arcas y cofres abriendo,  
los vestidos que tenía,  
las joyas y los dineros.  
Jugaba, y digo jugaba  
para que sepáis con esto  
que de cuantos vicios hay  
es el primer padre el juego.  
Quedé pobre y sin hacienda,  
y yo —me he enseñado a hacerlo—,  
di en robar de casa en casa  
cosas de pequeño precio.  
Iba a jugar, y perdía;  
mis vicios iban creciendo.  
Di luego en acompañarme  
con otros del arte mesmo:  
escalamos siete casas,  
dimos la muerte a sus dueños;  
lo robado repartimos  
para dar caudal al juego.

---

X

---

JORNADA PRIMERA

---

De cinco que éramos todos,  
sólo los cuatro prendieron,  
y nadie me descubrió,  
aunque les dieron tormento.  
Pagaron en una plaza  
su delito, y yo con esto,  
de escarmentado, acógime  
a hacer a solas mis hechos.

.....  
A treinta desventurados  
yo solo y aqueste acero,  
que es de la muerte ministro,  
del mundo sacado habemos:  
los diez, muertos por mi gusto,  
y los veinte me salieron,  
uno con otro, a doblón.  
Diréis que es pequeño precio:  
es verdad; mas, voto a Dios,  
que en faltándome el dinero,  
que mate por un doblón  
a cuantos me están oyendo.

.....  
No respeto a religiosos:  
de sus iglesias y templos  
seis cálices he robado  
y diversos ornamentos  
que sus altares adornan.  
Ni a la justicia respeto:  
mil veces me he resistido



y a sus ministros he muerto;  
tanto, que para prenderme  
no tienen ya atrevimiento.  
Y, finalmente, yo estoy  
preso por los ojos bellos  
de Celia, que está presente:  
todos la tienen respeto  
por mí, que la adoro; y cuando  
sé que la sobran dineros,  
con lo que me da, aunque poco,  
mi viejo padre sustento,  
que ya le conoceréis  
por el nombre de Anareto.  
Cinco años ha que tullido  
en una cama le tengo,  
y tengo piedad con él  
por estar pobre el buen viejo;  
y como soy causa al fin  
de ponelle en tal extremo,  
por jugarle yo su hacienda  
el tiempo que fuí mancebo.  
Todo es verdad lo que he dicho,  
voto a Dios, y que no miento.  
Juzgad ahora vosotros  
cuál merece mayor premio.

**PEDRISCO.** Cierto, padre de mi vida,  
que con servicios tan buenos,  
que puede ir a pretender  
éste a la corte.

---

JORNADA PRIMERA

---

- ESCALANT. Confieso  
que tú el lauro has merecido.
- ROLDÁN. Y yo confieso lo mismo.
- CHERINOS. Todos lo mismo decimos.
- CELIA. El laurel darte pretendo.
- ENRICO. Vivas, Celia, muchos años.
- CELIA. Toma, mi bien; y con esto,  
pues que la merienda aguarda,  
nos vamos.
- GALVÁN. Muy bien has hecho.
- CELIA. Digan todos: "¡Viva Enrico!"
- TODOS. ¡Viva el hijo de Anareto!
- ENRICO. Al punto todos nos vamos  
a holgarnos y entretenernos.
- (Vanse.)

ESCENA XIII

- PAULO. Salid, lágrimas; salid,  
salid aprieta del pecho,  
no lo dejéis de vergüenza.  
¡Qué lastimoso suceso!
- PEDRISCO. ¿Qué tiene, padre?
- PAULO. ¡Ay, hermano!  
Penas y desdichas tengo.  
Este mal hombre que he visto  
es Enrico.
- PEDRISCO. ¿Cómo es eso?

- PAULO. Las señas que me dió el ángel son tuyas.
- PEDRISCO. ¿Es eso cierto?
- PAULO. Sí, hermano, porque me dijo que era hijo de Anareto, y aquéste también lo ha dicho.
- PEDRISCO. Pues aquéste ya está ardiendo en los infiernos.
- PAULO. Eso sólo es lo que temo. El ángel de Dios me dijo que si éste se va al Infierno, que al Infierno tengo de ir, y al Cielo, si éste va al Cielo. Pues al Cielo, hermano mío, ¿cómo ha de ir éste, si vemos tantas maldades en él, tantos robos manifiestos, crueldades y latrocinios y tan viles pensamientos?
- PEDRISCO. En eso, ¿quién pone duda? Tan cierto se irá al infierno como el despensero Judas.
- PAULO. ¡Gran Señor! ¡Señor eterno! ¿Por qué me habéis castigado con castigo tan inmenso? Diez años y más, Señor, ha que vivo en el desierto comiendo hierbas amargas, salobres aguas bebiendo,

sólo porque Vos, Señor,  
Juez piadoso, sabio, recto,  
perdonarais mis pecados.  
¡Cuán diferente lo veo!  
Al Infierno tengo de ir.  
¡Ya me parece que siento  
que aquellas voraces llamas  
van abrasando mi cuerpo!  
¡Ay! ¡Qué rigor!

PEDRISCO. Ten paciencia.

PAULO. ¿Qué paciencia o sufrimiento  
ha de tener el que sabe  
que se ha de ir a los Infiernos?  
¡Al Infierno!, centro obscuro,  
donde ha de ser el tormento  
eterno y ha de durar  
lo que Dios durare. ¡Ah, Cielo!  
¡Que nunca se ha de acabar!  
¡Que siempre han de estar ardiendo  
las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO. Sólo oírle me da miedo.

Padre, volvamos al monte.

PAULO. Que allá volvamos pretendo;  
pero no a hacer penitencia,  
pues que ya no es de provecho.  
Dios me dijo que si aquéste  
se iba al Cielo, me iría al Cielo,  
y al profundo, si al profundo.  
Pues es así, seguir quiero

su misma vida ; perdone  
Dios aqueste atrevimiento :  
si su fin he de tener,  
tenga su vida y sus hechos ;  
que no es bien que yo en el mundo  
esté penitencia haciendo,  
y que él viva en la ciudad  
con gustos y con contentos,  
y que a la muerte tengamos  
un fin.

PEDRISCO. Es discreto acuerdo.

Bien has dicho, padre mío.

PAULO. En el monte hay bandoleros :

bandolero quiero ser,  
porque así igualar pretendo  
mi vida con la de Enrico,  
pues un mismo fin tenemos.  
Tan malo tengo de ser  
como él, y peor si puedo ;  
que pues ya los dos estamos  
condenados al Infierno,  
bien es que antes de ir allá  
en el mundo nos vengüemos.

## JORNADA SEGUNDA

### ESCENAS I A XV

[GALVÁN, ESCALANTE y otros rufianes compañeros de ENRICO tienen concertado para aquella noche un robo en la casa de Octavio el Genovés. Mientras aquéllos hacen los preparativos, ENRICO va a cuidar de su padre ANARETO.]

ENRICO.        Pues mientras ellos se tardan,  
y el manto lóbrego aguardan  
que su remedio ha de ser,  
quiero un viejo padre ver  
que aquestas paredes guardan.

      Cinco años ha que le tengo  
en una cama tullido,  
y tanto a estimarle vengo,  
que, con andar tan perdido,  
a mi costa le mantengo.

.....

      De lo que de noche puedo,  
varias casas escalando,  
robar con cuidado o miedo,  
voy su sustento aumentando,

y a veces sin él me quedo.

Que esta virtud solamente  
en mi virtud distraída  
conservo piadosamente:  
que es deuda al padre debida  
el serle el hijo obediente.

.....  
(*Descubre su padre en una silla.*)

Aquí está; quiérole ver.  
Durmiendo está, al parecer.  
¿Padre?

ANARETO.                    ¡Mi Enrico querido!

ENRICO.    Del descuido que he tenido  
perdón espero tener  
de vos, padre de mis ojos.  
¿Heme tardado?

ANARETO.                    No, hijo.

ENRICO.    No os quisiera dar enojos.

ANARETO.    En verte me regocijo.

ENRICO.    No el sol por celajes rojos  
saliendo a dar resplandor  
a la tiniebla mayor  
que espera tan alto bien  
parece al día tan bien  
como vos a mí, señor.

Que vos para mí sois sol,  
y los rayos que arrojáis  
dese divino arbol,

---

JORNADA SEGUNDA

---

son las canas con que honráis  
este reino.

ANARETO. Eres crisol  
donde la virtud se apura.

ENRICO. ¿Habéis comido?

ANARETO. Yo, no.

ENRICO. Hambre tendréis.

ANARETO. La ventura  
de mirarte me quitó  
la hambre.

ENRICO. No me asegura,  
padre mío, esa razón,  
nacida de la afición  
tan grande que me tenéis;  
pero agora comeréis,  
que las dos pienso que son  
de la tarde. Ya la mesa  
os quiero, padre, poner.

ANARETO. De tu cuidado me pesa.

ENRICO. Todo esto y más ha de hacer  
el que obediencia profesa.

(Del dinero que jugué [*Aparte.*]  
un escudo reservé  
para comprar qué comiese;  
porque, aunque al juego le pese,  
no ha de faltar esta fe.)

Aquí traigo en el lenzuelo,  
padre mío, qué comáis.  
Estimad mi justo celo.



- ANARETO. Bendito, mi Dios, seáis  
en la tierra y en el cielo,  
pues que tal hijo me distes,  
cuando tullido me vistes,  
que mis pies y manos sea.
- ENRICO. Comed, por que yo lo vea.
- ANARETO. Miembros cansados y tristes,  
ayudadme a levantar.
- ENRICO. Yo, padre, os quiero ayudar.
- ANARETO. Fuerza me infunden tus brazos.
- ENRICO. Quisiera en estos abrazos  
la vida poderos dar.  
Y digo, padre, la vida,  
porque tanta enfermedad  
es ya muerte conocida.
- ANARETO. La divina voluntad  
se cumpla.
- ENRICO. Ya la comida  
os espera. ¿Llegaré  
la mesa?
- ANARETO. No, hijo mío,  
que el sueño me vence.
- ENRICO. ¿A fe?  
Pues dormid.
- ANARETO. Dádome ha un frío  
muy grande.
- ENRICO. Yo os llegaré  
la ropa.
- .....

---

JORNADA SEGUNDA

---

Vencióle el sueño,  
que es de los sentidos dueño,  
a dar la mejor lición.  
Quiero la ropa llegalle,  
y de esta suerte dejalle.

[Sale a la calle, donde GALVÁN le recuerda que tiene que asesinar a ALBANO, pues ha recibido ya la mitad de la paga por el crimen. ENRICO se dispone a cometer el asesinato; pero al ver que su víctima es un pobre anciano, el recuerdo de su padre le hace desistir de tal propósito. El que le había pagado el crimen se presenta a reclamar a ENRICO el dinero por no haber cumplido su compromiso, y ENRICO, indignado, lo acuchilla sin piedad. En aquel momento, el GOBERNADOR, con la gente a sus órdenes, se presenta para prender a ENRICO; éste y GALVÁN se defienden y matan al GOBERNADOR; pero, al fin, viéndose acosados, se arrojan al mar. Entre tanto, PAULO, en compañía de PEDRISCO, se había convertido en capitán de una cuadrilla de bandoleros, que tenía aterrorizada a la comarca por la crueldad de sus crímenes. De vez en cuando tiene algún remordimiento de conciencia.]

(PAULO en el campo.)

MÚSICOS. No desconfíe ninguno,  
aunque grande pecador,  
de aquella misericordia

*de que más se precia Dios.*

PAULO. ¿Qué voz es esta que suena?

BANDOL. La gran multitud, señor,  
desos robles nos impide  
ver dónde viene la voz.

MÚSICOS. *Con firme arrepentimiento  
de no ofender al Señor  
llegue el pecador humilde,  
que Dios le dará perdón.*

PAULO. Subid los dos por el monte,  
y ved si es algún pastor  
el que canta este romance.

BANDOL. A verlo vamos los dos.

MÚSICOS. *Su Majestad soberana  
da voces al pecador  
porque le llegue a pedir  
lo que a ninguno negó.*

*(Sale por el monte un PASTORCILLO, tejiendo una  
corona de flores.)*

PAULO. Baja, baja, pastorcillo;  
que ya estaba, vive Dios,  
confuso con tus razones,  
admirado con tu voz.  
¿Quién te enseñó ese romance,  
que le escucho con temor,  
pues parece que en ti habla  
mi propia imaginación?

PASTORC. Este romance que he dicho  
Dios, señor, me le enseñó;  
o la Iglesia, su Esposa,  
a quien en la tierra dió  
poder suyo.

PAULO. Bien dijiste.

PASTORC. Advierte que creo en Dios.

PAULO. ¿Y Dios ha de perdonar  
a un hombre que le ofendió  
con obras y con palabras  
y pensamientos?

PASTORC. ¿Pues no?  
Aunque sus ofensas sean  
más que átomos del sol,  
y que estrellas tiene el cielo,  
y rayos la luna dió,  
y peces el mar salado  
en sus cóncavos guardó.  
Esta es su misericordia;  
que con decirle al Señor:  
*Pequé, pequé*, muchas veces,  
le recibe al pecador  
en sus amorosos brazos;  
que, en fin, hace como Dios.  
Porque si no fuera aquesto,  
cuando a los hombres crió,  
no los criara sujetos  
a su frágil condición.

Porque si Dios, Sumo Bien,  
de nada al hombre formó  
para ofrecerle su gloria,  
no fuera ningún blasón  
en su majestad divina  
dalle aquella imperfección.  
Dióle Dios libre albedrío.  
y fragilidad le dió  
al cuerpo y al alma; luego  
dió potestad con acción  
de pedir misericordia,  
que a ninguno le negó.  
De modo que, si en pecando  
el hombre, el justo rigor  
procediera contra él,  
fuera el número menor  
de los que en el sacro alcázar  
están contemplando a Dios.

.....  
Mas mi ganado me aguarda,  
y ha mucho que ausente estoy.

PAULO. Tente, pastor, no te vayas.

PASTORC. No puedo tenerme, no,  
que ando por aquestos valles  
recogiendo con amor  
una ovejuela perdida  
que del rebaño huyó;  
y esta corona que veis  
hacerme con tanto amor,

JORNADA SEGUNDA

es para ella, si parece,  
porque hacérmela mandó  
el mayoral, que la estima  
del modo que le costó.  
El que a Dios tiene ofendido  
pídale perdón a Dios,  
porque es Señor tan piadoso,  
que a ninguno le negó.

PAULO.           Aguarda, pastor.

PASTORC.               No puedo.

PAULO.           Por fuerza te tendré yo.

PASTORC.           Será detenerme a mí  
parar en su curso al sol.

[PAULO cree ver en ello un aviso de la Providencia; pero al pensar que su suerte ha de ser la misma que la de ENRICO, la duda y la desconfianza le impulsan a persistir en sus maldades. ENRICO y GALVÁN han llegado nadando a las cercanías del sitio en que está acampada la cuadrilla de PAULO, y caen en poder de PEDRISCO y sus compañeros. PAULO manda que los aten a un árbol para ejecutarlos; pero antes quiere probar si ENRICO es impenitente para saber con certeza cuál es el fin que Dios ha reservado a ambos. Para ello se viste de ermitaño y se presenta ante ENRICO para inducirle a confesar sus pecados.]

ESCENAS XVI Y XVII

(Sale PAULO, de ermitaño, con cruz y rosario.)

- PAULO. Con esta traza he querido  
probar si este hombre se acuerda  
de Dios, a quien ha ofendido.
- ENRICO. ¡Que un hombre la vida pierda,  
de nadie visto ni oído!
- GALVÁN. Cada mosquito que pasa  
me parece que es saeta.
- ENRICO. El corazón se me abrasa.  
¡Que mi fuerza esté sujeta!  
¡Ah fortuna, en todo escasa!
- PAULO. ¡Alabado sea el Señor!
- ENRICO. ¡Sea por siempre alabado!
- PAULO. Sabed con vuestro valor  
llevar este golpe airado  
de fortuna.
- ENRICO. ¡Gran rigor!  
¿Quién sois vos, que así me habláis?
- PAULO. Un monje, que este desierto,  
donde la muerte esperáis,  
habita.
- ENRICO. ¡Bueno, por cierto!  
Y ahora, ¿qué nos mandáis?
- PAULO. A los que al roble os ataron  
y a mataros se apartaron  
supliqué con humildad





ENRICO. Si Dios ya sabe  
que soy tan gran pecador,  
¿para qué?

PAULO. ¡ Delito grave!  
Para que su sacro amor  
de darle perdón acabe.

.....  
Mira que eres pecador,  
hijo.

ENRICO. Y del mundo el mayor,  
ya lo sé.

PAULO. Tu bien espero.  
Confiésate a Dios.

ENRICO. No quiero,  
cansado predicador.

PAULO. Pues salga del pecho mío,  
si no dilatado río  
de lágrimas, tanta copia,  
que se anegue el alma propia,  
pues ya de Dios desconfío.

Dejad de cubrir, sayal,  
mi cuerpo, pues está mal,  
según siente el corazón,  
una rica guarnición  
sobre tan falso cristal.

.....  
Colgad ese saco ahí,  
para que diga, ¡ ay de mí !:  
“En tal puesto me colgó

Paulo, que no mereció  
la gloria que encierro en mí.”

Dadme la daga y la espada;  
esa cruz podéis tomar;  
ya no hay esperanza en nada,  
pues no me sé aprovechar  
de aquella sangre sagrada.

Desatadlos.

ENRICO. Ya lo estoy,  
y lo que no he visto creo.

GALVÁN. Gracias a los cielos doy.

ENRICO. Saber la verdad deseo.

PAULO. ¡Qué desdichado que soy!

.....

ENRICO. Esta novedad me espanta.

PAULO. Yo soy Paulo, un ermitaño,  
que dejé mi amada patria  
de poco más de quince años,  
y en esta oscura montaña  
otros diez serví al Señor.

ENRICO. ¡Qué ventura!

PAULO. ¡Qué desgracia!

Un ángel, rompiendo nubes  
y cortinas de oro y plata,  
preguntándole yo a Dios  
qué fin tendría: “Repara  
(me dijo), ve a la ciudad,  
y verás a Enrico (¡ay, alma!),  
hijo del noble Anareto,

que en Nápoles tiene fama.  
Advierte bien en sus hechos  
y contempla en sus palabras,  
que si Enrico al Cielo fuere,  
el Cielo también te aguarda;  
y si al Infierno, el Infierno.”  
Yo entonces imaginaba  
que era algún santo este Enrico;  
pero los deseos se engañan.  
Fuí allá, vite luego al punto,  
y de tu boca y por fama  
supe que eras el peor hombre  
que en todo el mundo se halla.  
Y así, por tener tu fin,  
quitéme el saco, y las armas  
tomé, y el cargo me dieron  
de esta foragida escuadra.  
Quise probar tu intención,  
por saber si te acordabas  
de Dios en tan fiero trance;  
pero salióme muy vana.  
Volví a desnudarme aquí,  
como viste, dando al alma  
nuevas tan tristes, pues ya  
la tiene Dios condenada.

ENRICO. Las palabras que Dios dice  
por un ángel, son palabras,  
Paulo amigo, en que se encierran  
cosas que el hombre no alcanza.

No dejara yo la vida  
que seguías, pues fué causa  
de que quizá te condenes  
el atreverte a dejarla.  
Desesperación ha sido  
lo que has hecho, y aun venganza  
de la palabra de Dios,  
y una oposición tirana  
a su inefable poder ;  
y al ver que no desenvaina  
la espada de su justicia  
contra el rigor de tu causa,  
veo que tu salvación  
desea ; mas ¿qué no alcanza  
aquella piedad divina,  
blasón de que más se alaba ?  
Yo soy el hombre más malo  
que naturaleza humana  
en el mundo ha producido ;  
.....  
mas siempre tengo esperanza  
en que tengo de salvarme,  
puesto que no va fundada  
mi esperanza en obras mías,  
sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador,  
y con su piedad se salva.  
Pero ya, Paulo, que has hecho  
ese desatino, traza

de que alegres y contentos  
los dos en esta montaña  
pasemos alegre vida,  
mientras la vida se acaba.  
Un fin ha de ser el nuestro:  
si fuere nuestra desgracia  
el carecer de la Gloria  
que Dios al bueno señala,  
mal de muchos, gozo es;  
pero tengo confianza  
en su piedad, que siempre  
vence a su justicia sacra.

PAULO. Consoládome has un poco.

GALVÁN. Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO. Vamos donde descanséis.

ENRICO. [Ap.] ¡Ay, padre de mis entrañas!  
Una joya, Paulo amigo,  
en la ciudad olvidada  
se me queda; y aunque temo  
el rigor que me amenaza,  
si allá muero, he de ir por ella,  
perciendo en la demanda.  
Un soldado de los tuyos  
irá conmigo.

PAULO. Pues vaya  
Pedrisco, que es animoso.

GALVÁN. Yo me quedo en la montaña  
a hacer tu oficio.

PEDRISCO. Yo voy

✱

---

JORNADA SEGUNDA

---

donde paguen mis espaldas  
los delitos que tú has hecho.

ENRICO. Adiós, amigo.

PAULO. Ya basta  
el nombre para abrazarte.

ENRICO. Aunque malo, confianza  
tengo en Dios.

PAULO. Yo no la tengo  
cuando son mis culpas tantas.

.....

## JORNADA TERCERA

### ESCENAS I A V

[*ENRICO, atraído por el amor filial, vuelve a Nápoles acompañado de PEDRISCO. Ambos caen en poder de la justicia y están presos en la cárcel de la ciudad. CELIA se burla de ENRICO diciéndole que está casada; él se enfurece y quiere romper los hierros de la prisión. Acuden los carceleros para sujetarle y mata a uno de ellos con un golpe de cadena en la cabeza. El Alcaide manda que le pongan más hierros, y sólo a viva fuerza pueden sujetarle. Vanse todos, y al quedar solo ENRICO, el DIABLO, invisible para él, viene a hablarle.]*

### ESCENAS VI A VIII

(*Dentro.*)      En lóbrega confusión,  
ya, valiente Enrico, os veis:  
pero nunca desmayéis;  
tened fuerte el corazón,  
porque aquesta es la ocasión

en que tenéis de mostrar  
el valor, que os ha de dar  
nombre altivo, ilustre fama.  
Mirad...

(Dentro.) Enrico.

ENRICO. ¿Quién llama?

Esta voz me hace temblar.

Los cabellos erizados  
pronostican mi temor;  
mas ¿dónde está mi valor?  
¿Dónde mis hechos pasados?

(Dentro.) Enrico.

ENRICO. Muchos cuidados  
siente el alma. ¡Cielo santo!  
¿Cúya es voz que tal espanto  
infunde en el alma mía?

(Dentro.) Enrico.

ENRICO. A llamar porfía.  
De mi flaqueza me espanto.

A esta parte la voz suena,  
que tanto temor me da.

¿Si es algún preso que está  
amarrado a la cadena?

Vive Dios, que me da pena.

(Sale el DEMONIO y no le ve.)

DEMONIO. Tu desgracia lastimosa  
siento.

ENRICO. ¡Qué confuso abismo!  
no me conozco a mí mismo,



y el corazón no reposa.

Las alas está batiendo  
con impulsos de temor;

Enrico, ¿éste es el valor?—

Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO. Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO. ¿Cómo te puedo creer,  
voz, si no llego a saber  
quién eres y adónde estás?

DEMONIO. Pues agora me verás.

ENRICO. Ya no te quisiera ver.

DEMONIO. No temas.

ENRICO. Un sudor frío  
por mis venas se derrama.

DEMONIO. Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO. Poco de mis fuerzas fío.  
No te acerques.

DEMONIO. Desvarío  
es el temer la ocasión.

ENRICO. Sosiégate, corazón.

DEMONIO. ¿Ves aquel postigo?

ENRICO. Sí.

DEMONIO. Pues salte por él, y así  
no estarás en la prisión.

ENRICO. ¿Quién eres?

DEMONIO. Salte al momento,  
y no preguntes quién soy,  
que yo también preso estoy,  
y que te libres intento.

ENRICO.    ¿Qué me dices, pensamiento?  
              ¿Libraréme? Claro está.  
              Aliento el temor me da  
              de la muerte que me aguarda.  
              Voime. Mas, ¿quién me acobarda?  
              Mas otra voz suena ya.

(*Cantan dentro.*)

MÚSICOS.    *Detén el paso violento;  
              mira que te está mejor  
              que de la prisión librarte  
              el estarte en la prisión.*

ENRICO.    Al revés me ha aconsejado  
              la voz que en el aire he oído,  
              pues mi paso ha detenido,  
              si tú le has acelerado.  
              Que me está bien he escuchado  
              el estar en la prisión.

DEMONIO.    Esa, Enrico, es ilusión  
              que te representa el miedo.

ENRICO.    Yo he de morir si me quedo;  
              quíerome ir; tienes razón.

MÚSICOS.    *Detente, engañado Enrico,  
              no huyas de la prisión;  
              pues morirás si salieres,  
              y si te estuvieres, no.*

ENRICO.    Que si salgo he de morir  
              y si quedo viviré,  
              dice la voz que escuché.

DEMONIO. ¿Que al fin no te quieres ir?

ENRICO. Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO. Atribúyelo a temor;  
pero, pues tan ciego estás,  
quédate preso, y verás  
cómo te há estado peor. (*Vase.*)

ENRICO. Desapareció la sombra,  
y confuso me dejó.  
¿No es este el portillo? No.  
Este prodigio me asombra.  
¿Estaba ciego yo, o vi  
en la pared un portillo?  
Pero yo me maravillo  
del gran temor que hay en mí.  
¿No puedo salirme yo?  
Sí; bien me puedo salir.  
Pues, ¿cómo?... —¿Que he de morir!  
La voz me atemorizó.  
Algún gran daño se infiere  
de lo turbado que estoy.  
No importa, ya estoy aquí  
para el mal que me viniere.

ESCENAS IX A XIV

[*El ALCAIDE lee a ENRICO su sentencia de muerte. El criminal, lejos de sentirse abatido, insulta al ALCALDE y rehusa confesarse antes de morir.*]

ESCENA XV

ANARETO. Enrico, querido hijo,  
puesto que en verte me aflijo  
de tantos hierros cargado,  
ver que pagues tu pecado  
me da sumo regocijo.

¡Venturoso del que acá,  
pagando sus culpas, va  
con firme arrepentimiento;  
que es pintado este tormento  
si se compara al de allá!

La cama, Enrico, dejé,  
y arrimado a este bordón,  
por quien me sustento en pie,  
vengo en aquesta ocasión.

ENRICO. ¡Ay, padre!

ANARETO. No sé,

Enrico, si aquese nombre  
será razón que me cuadre,  
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO. Eso ¿es palabra de padre?

ANARETO. No es bien que padre me nombre  
un hijo que no cree en Dios.

ENRICO. Padre mío, ¿eso decís?

ANARETO. No sois ya mi hijo vos,  
pues que mi ley no seguís.  
Solos estamos los dos.

ENRICO. No os entiendo.

ANARETO.

¡ Enrico, Enrico!

A reprenderos me aplico  
vuestro loco pensamiento,  
siendo la muerte instrumento  
que tan cierto os pronostico.

Hoy os han de ajusticiar,  
¡y no os queréis confesar!  
¡Buena cristiandad, por Dios!,  
pues el mal es para vos,  
y para vos el pesar.

Aqueso es tomar venganza  
de Dios; el poder alcanza  
del impirio cielo eterno.  
Enrico, ved que hay Infierno  
para tan larga esperanza.

Es el quererte vengar  
de esa suerte, pelear  
con un monte o una roca,  
pues cuando el brazo le toca,  
es para el brazo el pesar.

Es, con dañoso desvelo,  
escupir el hombre al cielo  
presumiendo darle enojos,  
pues que le cae en los ojos  
lo mismo que arroja al cielo.

Hoy has de morir: advierte  
que ya está echada la suerte;  
confiesa a Dios tus pecados,  
y así, siendo perdonados,

será vida lo que es muerte.

Si quieres mi hijo ser,  
lo que te digo has de hacer ;  
si no (de pesar me aflijo),  
ni te has de llamar mi hijo,  
ni yo te he de conocer.

ENRICO. Bueno está, padre querido ;  
que más el alma ha sentido  
(buen testigo de ello es Dios)  
el pesar que tenéis vos  
que el mal que espero afligido.

Confieso, padre, que erré ;  
pero yo confesaré  
mis pecados, y después  
besaré a todos los pies,  
para mostraros mi fe.

Basta que vos lo mandéis,  
padre mío de mis ojos.

ANARETO. Pues ya mi hijo seréis.

ENRICO. No os quisiera dar enojos.

ANARETO. Vamos, porque os confeséis.

ENRICO. ¡ Oh cuánto siento el dejaros !

ANARETO. ¡ Oh cuánto siento el perderos !

ENRICO. ¡ Ay, ojos ! Espejos claros,  
antes hermosos luceros,  
pero ya de luz avaros.

ANARETO. Vamos, hijo.

ENRICO. A morir voy :  
todo el valor 'he perdido.

ANARETO. Sin juicio y sin alma, estoy.

ENRICO. Aguardad, padre querido.

ANARETO. ¡Qué desdichado que soy!

ENRICO. Señor piadoso y eterno,  
que en vuestro alcázar pisáis  
cándidos montes de estrellas,  
mi petición escuchad,  
Yo he sido el hombre más malo  
que la luz llegó a alcanzar  
de este mundo, el que os ha hecho  
más que arenas tiene el mar  
ofensas; mas, Señor mío,  
mayor es vuestra piedad.  
Vos, por redimir el mundo,  
por el pecado de Adán,  
en una cruz os pusisteis;  
pues merezca yo alcanzar  
una gota solamente  
de aquella sangre real.

.....  
¡Gran Señor, misericordia!

No puedo deciros más.

ANARETO. ¡Que esto llegue a ver un padre!

ENRICO. (*Para sí.*) La enigma he entendido ya  
de la voz y de la sombra:  
la voz era angelical,  
y la sombra era el demonio.

ANARETO. Vamos, hijo.

ENRICO. ¿Quién oirá

ese nombre, que no haga  
de sus dos ojos un mar?  
No os apartéis, padre mío,  
hasta que hayan de expirar  
mis ojos.

ANARETO. No hayas miedo.  
Dios te dé favor.

ENRICO. Sí hará,  
que es mar de misericordia,  
aunque yo voy muerto ya.

ANARETO. Ten valor.

ENRICO. En Dios confío.  
Vamos, padre, donde están  
los que han de quitarme el ser  
que vos me pudisteis dar.

ESCENA XVI

(PAULO en el monte.)

PAULO. Cansado de correr vengo  
por este monte intrincado;  
atrás la gente he dejado  
que a ajena costa mantengo.

Al pie deste sauce verde  
quiero un poco descansar,  
por ver si acaso el pesar  
de mi memoria se pierde.

Tú, fuente, que murmurando



vas entre guijas corriendo,  
en tu fugitivo estruendo  
plantas y aves alegrando,  
dame algún contento ahora,  
infunde al alma alegría  
con esa corriente fría  
y con esa voz sonora.

Lisonjeros pajarillos  
que no entendidos cantáis,  
y holgazanes gorjeáis  
entre juncos y tomillos;  
dad con picos sonorosos  
y con acentos süaves  
gloria a mis pesares graves  
y sucesos lastimosos.

En este verde tapete,  
jironado de cristal,  
quiero divertir mi mal  
que mi triste fin promete.

*(Echase a dormir y sale el PASTOR con la corona,  
deshaciéndola.)*

ESCENAS XVII y XVIII

PASTOR. Selvas intrincadas,  
verdes alamedas,  
a quien de esperanzas  
adorna Amaltea;

fuentes que corréis  
murmurando apriesa  
por menudas guijas,  
por blandas arenas;  
ya vuelvo otra vez  
a mirar la selva,  
a pisar los valles  
que tanto me cuestan.  
Yo soy el pastor  
que en vuestras riberas  
guardé un tiempo alegre  
cándidas ovejas.  
Sus blancos vellones  
entre verdes felpas  
jirones de plata  
a los ojos eran.  
Era yo envidiado,  
por ser guarda buena,  
de muchos zagales  
que ocupan la selva;  
y mi mayoral,  
que en ajena tierra  
vive, me tenía  
voluntad inmensa,  
porque le llevaba,  
cuando quería verlas,  
las ovejas blancas  
como nieve en pellas.  
Pero desde el día

que una, la más buena,  
huyó del rebaño,  
lágrimas me anegan.  
Mis contentos todos  
convertí en tristezas,  
mis placeres vivos  
en memorias muertas.  
Cantaba en los valles  
canciones y letras;  
mas ya en triste llanto  
funestas endechas.  
Por tenerla amor,  
en esta floresta  
aquesta guirnalda  
comencé a tejerla.  
Mas no la gozó;  
que engañada y necia  
dejó a quien la amaba  
con mayor firmeza.  
Y pues no la quiso  
fuerza es que ya vuelva,  
por venganza justa,  
hoy a deshacerla.

PAULO. Pastor, que otra vez  
te vi en esta sierra,  
si no muy alegre,  
no con tal tristeza,  
el verte me admira.

PASTOR. ¡Ay perdida oveja!

---

JORNADA TERCERA

---

- PAULO.            ¡ De qué gloria huyes;  
y a qué mal te allegas!  
¿ No es esa guirnalda  
la que en las florestas  
entonces tejías  
con gran diligencia?
- PASTOR.            Esta misma es;  
mas la oveja, necia,  
no quiere volver  
al bien que le espera,  
y así la deshago.
- PAULO.            Si acaso volviera,  
zagalejo amigo,  
¿ no la recibieras?
- PASTOR.            Enojado estoy,  
mas la gran clemencia  
de mi mayoral  
dice que aunque vuelvan,  
si antes fueron blancas,  
al rebaño negras,  
que las dé mis brazos  
y, sin extrañeza,  
requiebros las diga  
y palabras tiernas.
- PAULO.            Pues es superior,  
fuerza es que obedezcas.
- PASTOR.            Yo obedeceré;  
pero no quiere ella  
volver a mis voces,

en sus vicios ciega.  
Ya de aquestos montes  
en las altas peñas  
la llamé con silbos  
y avisé con señas.  
Ya por los jarales,  
por incultas selvas,  
la anduve a buscar:  
¡qué de ello me cuesta!  
Ya traigo las plantas  
de jaras diversas  
y agudos espinos  
rotas y sangrientas.  
No puedo hacer más.

PAULO.

En lágrimas tiernas  
baña el pastorcillo  
las mejillas bellas.  
Pues te desconoce,  
olvidate de ella  
y no llores más.

PASTOR.

Que lo haga es fuerza.  
Volved, bellas flores,  
a cubrir la tierra,  
pues que no fué digna  
de vuestra belleza.  
Veamos si allá  
con la tierra nueva  
la pondrán guirnalda  
tan rica y tan bella.

Quedaos, montes míos,  
desiertos y selvas,  
adiós, porque voy  
con la triste nueva  
a mi mayoral;  
y cuando lo sepa  
(aunque ya lo sabe)  
sentirá su mengua,  
no la ofensa suya,  
aunque es tanta ofensa.  
Lleno voy a verle  
de miedo y vergüenza:  
lo que ha de decirme  
fuerza es que lo sienta.  
Diráme: "Zagal,  
¿así las ovejas  
que yo os encomiendo  
guardáis?" ¡Triste pena!  
Yo responderé...  
No hallaré respuesta,  
si no es que mi llanto  
la respuesta sea. (*Vase.*)

PAULO.

La historia parece  
de mi vida aquesta.  
De este pastorcillo  
no sé lo que sienta;  
que tales palabras  
fuerza es que prometan  
oscuras enigmas.

Mas ¿qué luz es esta  
que a la luz del sol  
sus rayos se afrentan?

*(Con la música suben dos ángeles el alma de ENRICO  
por una apariencia, y prosigue PAULO:)*

Música celeste  
en los aires suena,  
y, a lo que diviso,  
dos ángeles llevan  
una alma gloriosa  
a la excelsa esfera.  
¡Dichosa mil veces,  
alma, pues hoy llegas  
donde tus trabajos  
fin alegre tengan!

Grutas y plantas agrestes,  
a quien el hielo corrompe,  
¿no veis cómo el cielo rompe  
ya sus cortinas celestes?

Ya rompiendo densas nubes  
y esos transparentes velos,  
alma, a gozar de los cielos  
feliz y gloriosa subes.

Ya vas a gozar la palma  
que la ventura te ofrece:  
¡triste del que no merece  
lo que tú mereces, alma!



Muerte me han dado villanos.





JORNADA TERCERA

ESCENA XIX

(Sale GALVÁN.)

GALVÁN. Advierte, Paulo famoso,  
que por el monte ha bajado  
un escuadrón concertado,  
de gente y armas copioso,  
que viene sólo a prendernos.  
Si no pretendes morir,  
solamente, Pablo, huír  
es lo que puede valernos.

[PAULO y GALVÁN se disponen a hacerles frente.]

ESCENAS XX y XXI

[El JUEZ y los villanos armados persiguen a PAULO,  
el cual, herido, cae rodando por las peñas. Sale PE-  
DRISCO.]

PEDRISCO. ¿Cómo estás así?

PAULO. ¡Ay de mí!  
Muerte me han dado villanos.  
Pero ya que estoy muriendo,  
saber de ti, amigo, aguardo  
qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO. En la plaza le ahorcaron  
de Nápoles.

PAULO. Pues así,

¿quién duda que condenado  
estará al Infierno ya?

PEDRISCO. Mira lo que dices, Paulo;  
que murió cristianamente,  
confesado y comulgado  
y abrazado con un Cristo,  
en cuya vista enclavados  
los ojos, pidió perdón  
y misericordia, dando  
tierno llanto a sus mejillas,  
y a los presentes espanto.  
Fuera de aqueso, en muriendo  
resonó en los aires claros  
una música divina;  
y para mayor milagro  
y evidencia más notoria,  
dos paraninfos alados  
se vieron patentemente,  
que llevaban entre ambos  
el alma de Enrico al Cielo.

PAULO. ¡A Enrico, el hombre más malo  
que crió naturaleza!

PEDRISCO. ¿De aquesto te espantas, Paulo,  
cuando es tan piadoso Dios?

PAULO. Pedrisco, eso ha sido engaño:  
otra alma fué la que vieron,  
no la de Enrico.

PEDRISCO. ¡Dios santo,  
reducidle vos!

- PAULO. Yo muero.
- PEDRISCO. Mira que Enrico gozando  
está de Dios: pide a Dios  
perdón.
- PAULO. ¿Y cómo ha de darlo  
a un hombre que le ha ofendido  
como yo?
- PEDRISCO. ¿Qué estás dudando?  
¿No perdonó a Enrico?
- PAULO. Dios  
es piadoso...
- PEDRISCO. Es muy claro.
- PAULO. Pero no con tales hombres.  
Ya muero, llega tus brazos.
- PEDRISCO. Procura tener su fin.
- PAULO. Esa palabra me ha dado  
Dios; si Enrico se salvó,  
también yo salvarme aguardo. (*Muere.*)

ESCENA XXII

[*Los villanos rodean el cadáver de PAULO. Descúbrese  
se fuego, y PAULO lleno de llamas.*]

- PAULO. Si a Paulo buscando vais  
bien podéis ya ver a Paulo  
ceñido el cuerpo de fuego  
y de culebras cercado.

No doy la culpa a ninguno  
de los tormentos que paso;  
sólo a mí me doy la culpa,  
pues fui causa de mi daño.  
Pedí a Dios que me dijese  
el fin que tendría, en llegando  
de mi vida el postrer día:  
ofendíle, caso es llano;  
y como la ofensa vió  
de las almas el contrario,  
incitóme con querer  
perseguirme con engaños.  
Forma de un ángel tomó,  
y engañóme; que a ser sabio,  
con su engaño me salvara;  
pero fui desconfiado  
de la gran piedad de Dios,  
que hoy a su juicio llegando,  
me dijo: "Baja, maldito  
de mi padre, al centro airado  
de los oscuros abismos,  
adonde has de estar penando."  
¡Malditos mis padres sean  
mil veces, pues me engendraron!  
¡Y yo también sea maldito,  
pues que fui desconfiado!

*(Húndese por el tablado, y sale fuego.)*

[UEZ.        Misterios son del Señor.

---

JORNADA TERCERA

---

GALVÁN. ¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO. ¡Y venturoso de Enrico,  
que de Dios está gozando!

JUEZ. Por que toméis escarmiento,  
no pretendo castigaros;  
libertad doy a los dos.

.....  
No más: a Nápoles vamos  
a contar este suceso.

PEDRISCO. Y porque éste es tan árduo  
y difícil de creer,  
siendo verdadero el caso,  
vaya el que fuese curioso  
(porque sin ser escribano  
dé fe de ello), a Belarmino;  
y si no, más dilatado  
en la vida de los padres  
podrá fácilmente hallarlo.  
Y con aquesto da fin  
*El Mayor Desconfiado,*  
*y pena y gloria trocadas.*  
El cielo os guarde mil años.







# LA PRUDENCIA EN LA MUJER

*La escena es en Toledo, León y otros puntos.*

## JORNADA PRIMERA

Sala en el alcázar de Toledo.

### ESCENA I

*El infante* DON ENRIQUE, *el infante* DON JUAN,  
DON DIEGO DE HARO.

#### DON ENRIQUE

Será la viuda reina esposa mía,  
y daráme Castilla su corona.  
O España volverá a llorar el día  
que al conde don Julián traidor p̄regoná.  
¿Con quién puede casar doña María,  
si de valor y hazañas se aficiona,  
como conmigo, sin hacerme agravio?  
Enrique soy; mi hermano, Alfonso *el Sabio*.



DON JUAN

La Reina y la corona pertenece  
a don Juan, de don Sancho *el Bravo* hermano:  
mientras el niño rey Fernando crece,  
yo he de regir el cetro castellano.  
Pruebe, si algún traidor se desvanece,  
a quitarme la espada de la mano;  
que mientras gobernare su cuchilla,  
sólo don Juan gobernará a Castilla.

DON DIEGO

Está vivo don Diego López de Haro,  
que vuestras pretensiones tendrá a raya,  
y dando al tierno Rey seguro amparo,  
casará con su madre; y cuando vaya  
algún traidor contra el derecho claro  
que defendo, señor soy de Vizcaya:  
minas son las entrañas de sus cerros,  
que hierro dan con que castigue yerros.

.....

DON ENRIQUE

Vos, caballero pobre, cuyo Estado  
cuatro silvestres son, toscos y rudos,  
montes de hierro, para el vil arado,  
hidalgos por Adán, como él desnudos,  
adonde en vez de Baco sazonado,  
manzanos llenos de groseros ñudos  
dan mosto insulso, siendo silla rica,  
en vez de trono, el árbol de Garnica,

¡Intentáis de la Reina ser consorte,  
sabiendo que pretende don Enrique  
casar con ella, ennoblecer su corte  
y que por rey España le publique!

DON JUAN

Cuando su intento loco no reporte  
y edificios quiméricos fabrique,  
mientras el reino gozo y su hermosura,  
se podrá desposar con su locura.

.....

DON DIEGO

Cuatro bárbaros tengo por vasallos,  
a quien Roma jamás conquistar pudo,  
que sin armas, sin muros, sin caballos,  
libres conservan su valor desnudo.  
Montes de hierro habitan, que a estimallos,  
valiente en obras, y en palabras mudo,  
a sus miras guardárades decoro,  
pues por su hierro España goza su oro.

Si su aspereza tosca no cultiva  
aranzadas a Baco, hazas a Ceres,  
es porque Venus huya, que lasciva  
hipoteca en sus frutos sus placeres.  
La encina hercúlea, no la blanda oliva,  
teje coronas para sus mujeres,  
que aunque diversas en el sexo y nombres  
en guerra y paz se igualan a sus hombres.

El árbol de Garnica ha conservado

sin que tiranos le hayan deshojado,  
la antigüedad que ilustra a sus señores,  
ni haga sombra a confesos ni a traidores.  
En su tronco, no en silla real sentado,  
nobles, puesto que pobres, electores  
tan sólo un señor juran, cuyas leyes  
libres conservan de tiranos reyes.

Suyo lo soy ahora, y del Rey tío,  
leal en defendelle, y pretendiente  
de su madre, a quien dar la mano fío,  
aunque la deslealtad su ofensa intente.  
Infantes, si a la lengua iguala el brio.  
intérprete es la espada del valiente;  
vizcaíno es el hierro que os encargo,  
corto en palabras, pero en obras largo.

ESCENA II

*La REINA DOÑA MARÍA, de viuda; DON ENRIQUE,  
DON JUAN, DON DIEGO.*

REINA.    ¿Qué es aquesto, caballeros,  
defensa y valor de España,  
espejos de lealtad,  
gloria y luz de las hazañas?  
Cuando muerto el rey don Sancho,  
mi esposo y señor, las galas  
truecan León y Castilla  
por jergas negras y bastas;





cuando el moro granadino  
moriscos pendones saca  
contra el reino sin cabeza,  
y las fronteras asalta  
por la lealtad defendidas,  
y abriéndose su *Granada*,  
por las católicas vegas  
blasfemos granos derrama ;  
¡ en civiles competencias,  
pretensiones mal fundadas,  
bandos que la paz destruyen,  
ambiciosas arrogancias,  
cubris de temor los reinos,  
tiranizáis vuestra patria,  
dando en vuestra ofensa lenguas  
a las naciones contrarias !  
¡ Ser mis esposos queréis,  
y como mujer ganada  
en buena guerra, al derecho  
me reducís de las armas !  
¡ Casarme intentáis por fuerza,  
e ilustrándoos sangre hidalga,  
la libertad de mi gusto  
hacéis pechera y villana !

.....  
Os engañáis, caballeros,  
que no está desamparada :  
de estos reinos la corona,  
ni del Rey la tierna infancia.

Don Sancho *el Bravo* aún no es muerto;  
que como me entregó el alma,  
en mi pecho se conservan  
fieles y amorosas llamas.  
Si, porque es el Rey un niño  
y una mujer quien le ampara,  
os atrevéis ambiciosos  
contra la fe castellana,  
tres almas viven en mí:  
la de Sancho, que Dios haya;  
la de mi hijo, que habita  
en mis maternas entrañas,  
y la mía, en quien se suman  
esotras dos: ved si basta  
a la defensa de un reino  
una mujer con tres almas.  
Intentad guerras civiles,  
sacad gentes a campaña,  
vuestra deslealtad pregonen  
contra vuestro Rey las cajas;  
que aunque mujer, yo sabré  
en vez de las tocas largas  
y el negro monjil, vestirme  
el arnés y la celada.  
Infanta soy de León;  
salgan traidores a caza  
del hijo de una leona,  
que el reino ha puesto en su guarda,  
veréis si en vez de la aguja

---

JORNADA PRIMERA

---

sabré ejercitar la espada,  
y abatir lienzos de muros  
quien labra lienzos de Holanda.

.....

ESCENAS III A V

[*Los pretendientes, al verse rechazados, reúnen sus partidarios y alzan bandera de rebelión contra el Rey y la Regente. DON JUAN busca el apoyo de los árabes granadinos: DON ENRIQUE acude en demanda de ayuda a su sobrino el Rey de Portugal; DON DIEGO DE HARO espera tropas de Aragón y Navarra.*

[*La REINA llama a sus vasallos a palacio y les presenta al niño Fernando IV como rey legítimo de Castilla y León; pero mientras les habla excitándoles a la lealtad, las tropas rebeldes cercan el palacio y lo toman por asalto. La REINA y su hijo huyen precipitadamente a León.*]

ESCENAS VI A VIII

(*En Valencia de Alcántara.*)

[*Las familias Benavides y Caravajal tienen desde antiguo profundos resentimientos. DON ALONSO CARAVAJAL consigue el amor de DOÑA TERESA DE BENAVIDES y se desposa secretamente con ella. DON JUAN DE BENAVIDES se siente afrentado por esta unión y reta a DON ALONSO: cuando están a punto de llegar a las manos se presenta la REINA, fugitiva.*]



ESCENA IX

REINA. Ilustres Caravajales,  
Benavides excelentes,  
mis deudos sois y parientes.  
Blasones os honran reales:  
mostrad hoy que sois leales.  
Un árbol sirve de silla  
a la inocencia sencilla  
de vuestro Rey incapaz.

*(Descubre al Rey niño encerrado en el tronco de un árbol.)*

No permitáis que en agraz  
os le malogre Castilla.  
Como la aurora, amanece  
entre la tiniebla oscura  
de la traición, que procura  
matárosle y le oscurece.  
Si este tierno sol merece  
glorias de una ilustre hazaña,  
lograd el que os acompaña,  
y con valor español  
defended los dos un sol  
que os da el oriente de España.

BENAVID. ¡Oh retrato del amor,  
niño Rey, humilde Alteza!  
Con tu angélica belleza  
se enternece mi rigor.

No tuviera yo valor  
si el socorro que me pides,  
a las perlas que despides  
negaran mis fieles labios.  
Por los tuyos sus agravios  
olvidan los Benavides.

Famosos Çaravajales,  
treguas al enojo demos,  
y para después dejemos  
guerras y bandos parciales.  
No salgan los desleales  
con su bárbaro consejo.  
A estos pies mi agravio dejo  
para volverle a tomar,  
que mal se podrá olvidar  
el odio heredado y viejo.

Juntemos nuestros amigos  
y de dos un campo hagamos;  
que mientras al Rey sirvamos  
no hemos de ser enemigos.  
Serán los cielos testigos,  
para ilustrarnos después,  
de que hoy el valor leonés,  
con lealtad y con amor,  
el bien del Rey su señor  
antepone a su interés.

DON AL. Fénix de España, nacido  
para que su gloria aumente,  
pájaro sois inocente,

en ese árbol como en nido.  
¿Quién, mi perla, os ha escondido  
desa suerte?

REY. Hanme quitado  
mi reino, y no me han dejado  
aun la cuna en que nací;  
y como a Herodes temí,  
vengo huyendo al despoblado.

DON PEDR. No temáis del gavián,  
pájaro tierno y hermoso,  
por más que intente ambicioso  
hacer presa en vos don Juan.

BENAVID. Todos por ti morirán,  
sol de España, hasta que quedes  
libre de las viles redes  
de ambiciosos cazadores.

.....  
Alto, hidalgos, a León:  
muera el Infante tirano.  
Y vos, ejemplo cristiano, (*A la Reina.*)  
regidnos desde este día,  
y será, pues de vos fía  
el cielo una ilustre hazaña,  
la Semíramis de España  
la reina doña María. (*Vanse.*)

---

JORNADA PRIMERA

---

ESCENAS X A XII

(Sala en el palacio de León.)

[Los Infantes vencedores están gozando de su triunfo. Han decidido repartirse el reino entre ambos: DON JUAN reinará en León, y DON ENRIQUE, en Murcia y Sevilla. Entre tanto, los Caravajales y Benavides derrotan a las tropas de los Infantes, los cuales son sorprendidos y presos. Custódianlos DON ALONSO y DON PEDRO CARAVAJAL y DON JUAN DE BENAVIDES, mientras esperan la sentencia que contra ellos ha de dictar la enojada REINA.]

ESCENA XIII

(DON LUIS, con una fuente de plata, y en ella un papel.)

DON LUIS. La Reina ha mandado, Infantes,  
que entréis en esa capilla,  
donde os esperan dos padres  
que vuestras almas dispongan,  
porque quiere en esta tarde  
mostrar a España del modo  
que allanar rebeldes sabe.

DON ENR. ¡La Reina, nuestra señora,  
es posible que eso mande?  
¡La piadosa! ¡La clemente!  
¡A dos primos! ¡A dos grandes!

¡Ah mujeres! ¡Qué bien hizo  
naturaleza admirable  
en no entregaros las armas!

DON JUAN. Cuando darnos muerte mande,  
y por medió del rigor  
a Fernando el reino allane,  
puesto que con los rendidos  
es medio el amor más fácil,  
Portugal y Aragón tienen  
reyes de nuestro linaje  
que nuestra muerte la pidan  
y castiguen sus crueldades.

.....

DON LUIS. Aquí está vuestra sentencia.

*(Presenta a los Infantes el papel que viene en la fuente.)*

DON JUAN. ¿Con ella el plato nos hace?  
¿En una fuente la envía?  
Pues tiempo vendrá en que pague  
la costa deste banquete,  
cuando lleguen a aprecialle  
con lanzas en vez de plumas  
los que nuestro valor saben.

DON ENR. Dejádmela ver primero.  
¡Oh muerte fiera! ¡Que bastes  
a asombrar pechos de bronce  
sólo con un papel frágil!

*(Lee.)* "Doña María Alfonso, reina y gobernado-

---

JORNADA PRIMERA

---

ra de Castilla, León, etc.: por el rey don Fernando IV deste nombre, su hijo, etc. Para confusión de sediciosos y premio de leales, manda que los Infantes de Castilla sus primos salgan libres de la fortaleza en que están presos, se les restituyan sus Estados, y demás desto hace merced al infante don Enrique de las villas de Feria, Mora, Morón y Santisteban de Gormaz; y al infante don Juan, de las de Aillón, Astudillo, Curiel y Cáceres, con esperanza, si se redujeren, de mayores acrecentamientos, y certidumbre, si la ofendieren, de que le queda valor para defenderse y ánimo para pagar nuevos servicios con nuevos galardones. — LA REINA GOBERNADORA.”

*(Descórrese una cortina en el fondo, y aparece la Reina, en pie, sobre un trono, coronada, con peto y espaldar, echados los cabellos atrás, y una espada desnuda en la mano.)*

ESCENA XIV

REINA. La reina doña Maria  
castiga de aquesta suerte  
delitos dignos de muerte.  
Contra vuestra alevosía  
en armas y en cortesía  
os ha venido a vencer,  
siendo hombres, una mujer,  
a daros vida resuelta,

como quien la caza suelta  
para volverla a coger.

Si pensáis que por temor  
que a los que os amparan tengo  
a daros libertad vengo,  
ofenderéis mi valor.

Para confusión mayor

vuestra, he querido premiaros ;  
porque si acaso a inquietaros  
vuestra ambición os volviere,  
cuanto agora más os diere,  
tendré después que quitaros.

Poco estima a su enemigo  
quien le vence y vuelve a armar ;  
que en el noble es premio el dar,  
como el recibir, castigo.

Si dándoos vida os obligo,

por vuestra opinión volved,  
y si no, guerra me haced :  
veamos quién es más firme,  
vosotros en deservirme,  
y yo en haceros merced.

DON JUAN. No olvide jamás España  
tu magnánimo valor,  
pues juntas con el temor  
la piedad que te acompaña.  
Eternicen esta hazaña

pinceles y plumas cuantas  
celebran memorias santas,

✠

---

JORNADA PRIMERA

---

pues que reprendiendo obligas,  
haciendo merced castigas  
y derribando levantas :

que yo desde aquí adelante,  
desta merced pregonero,  
seré en servirte el primero.

DON ENR. Y yo leal y constante,  
con satisfacción bastante...

REINA. Venid, y al Rey besaréis  
las manos.

DON JUAN. Desde hoy podéis  
regir nuestros corazones,  
que obligan más galardones  
que las armas que traéis.

.....



## JORNADA SEGUNDA

### ESCENA I

DON JUAN, ISMAEL.

DON JUAN. De reinar tengo esperanza  
con traidora o fiel acción;  
mas no juzgo por traición  
lo que una corona alcanza.

Reine yo, Ismael, por ti,  
y venga lo que viniere.

ISMAEL. Si el niño Fernando muere,  
cuya vida estriba en mí,  
no hay quien te haga competencia.

DON JUAN. De viruelas malo está;  
fácil de cumplir será  
mi deseo, si a tu ciencia  
juntas el mucho provecho  
que de hacer lo que te pido  
se te sigue.

ISMAEL. Agradecido  
a tu real y noble pecho  
quiero ser, porque esperanza  
tengo que en viéndote rey,

has de amparar nuestra ley.  
Hebreo soy ; la venganza  
de Vespasiano y de Tito,  
que asoló a Jerusalén,  
y el templo santo también,  
causando oprobio infinito  
a toda nuestra nación,  
nos hace andar desterrados,  
de todos menospreciados,  
siendo burla e irrisión  
del mundo, que desvarío  
quiere que mi ley se llame,  
sin que haya quien por infame  
no tenga el nombre judío.

Mas si palabra me das,  
en viéndote rey, de hacer  
mi nación ennoblecer,  
y que podamos de hoy más  
tener cargos generosos,  
entrar en ayuntamientos,  
comprar varas, regimientos,  
y otros títulos honrosos,  
quitándole al Rey la vida  
te pondrás la corona hoy.  
Su protomédico soy ;  
la muerte llevo escondida  
en este término breve ;

*(Saca un vaso de plata.)*

con que si te satisfago,  
diré que el Rey en un trago  
su reino y muerte se bebe.

A un sueño mortal provoca,  
donde con facilidad,  
de la sombra a la verdad,  
y al corazón de la boca  
viendo el veneno correr,  
llamar de la muerte puedes  
los médicos Ganimedes,  
pues que la dan a beber.

.....

ESCENA II

ISMAEL.

ISMAEL.       Pues honra y provecho gano  
en matar a un niño Rey,  
y estima tanto mi ley  
a quien da muerte a un cristiano,  
¿qué dudo que no ejecuto  
del infame la esperanza,  
de mi nación la venganza  
y destos reinos el luto?

.....

El niño Rey está aquí;  
que beba su muerte trato.

*(Al querer entrar en el aposento del REY repara  
en el retrato de la REINA, que está sobre la puerta.)*

Mas ¡cielos! ¿no es el retrato éste de su madre? Sí.

No sin causa me acobarda la traición que juzgo incierta, pues puso el Rey a su puerta su misma madre por guarda.

¡Vive Dios que estoy temblando de miralla, aunque pintada!

¿No parece que enojada muda me está amenazando?

¿No parece que en los ojos forja rayos enemigos, que amenazan mis castigos y autorizan sus enojos?

No me miréis, Reina, airada. Si don Juan, que es vuestro primo, y en quien estriba el arrimo del Rey, prenda vuestra amada,

es contra su mismo Rey, ¿qué mucho que yo lo sea, viniendo de sangre hebrea y profesando otra ley?

No es mi traición tan culpada: tened la ira vengativa.

¡Qué hiciérades a estar viva pues que me asombráis pintada!

Mas ¿para qué doy lugar a cobardes desvaríos?

Ea, recelos judíos,

pues es mi oficio matar,  
muera el Rey, y hágase cierta  
la dicha que me animó...

*(Al querer entrar, cae el retrato, y tápale la puerta.)*

Pero el retrato cayó,  
y me ha cerrado la puerta.  
Dichoso el vulgo ha llamado  
al judío, Reina hermosa;  
mas no hay más infeliz cosa  
que un judío desdichado.  
Y pues tanto yo lo he sido,  
riesgo corro manifiesto  
si no huyo de aquí...

*(Quiere huir por la otra puerta, sale la REINA, detiéndole, y él se turba.)*

ESCENA III

REINA. ¿Qué es esto?

¿De qué estáis descolorido?

Volved acá. ¿Adónde vais?

¿De qué es el desasosiego?

ISMAEL. Volveré, señora, luego.

REINA. Esperad. ¿De qué os turbáis?

ISMAEL. ¿Yo turbarme?

REINA. No es por bueno.

¿Qué lleváis en ese vaso?

ISMAEL. ¿Quién? ¿Yo?

---

JORNADA SEGUNDA

---

REINA. Detened el paso.

ISMAEL. Quien dijere que es veneno,  
y que al Rey nuestro señor  
no soy leal...

REINA. ¿Cómo es eso?

ISMAEL. Que estoy turbado confieso,  
pero no que soy traidor.

REINA. Pues aquí ¿quién os acusa?

ISMAEL. (Ap.) Mi misma traición será.

REINA. Culpado, Ismael, está  
quien sin ocasión se excusa.

ISMAEL. El Infante es el ingrato,  
que yo no le satisfice;  
y si el retrato lo dice,  
engañarás el retrato.

Que aunque el paso me cerró,  
cuando a purgar al Rey vengo,  
yo, Reina, ¿qué culpa tengo,  
si el retrato se cayó?

Don Juan, el infante, sí,  
que con aquesta bebida  
me manda quitar la vida  
al tierno Rey que ofendí...

Digo, que ofendió el Infante.

REINA. En fin, vuestra turbación  
confesó vuestra traición;  
no paséis más adelante.

¿Es la purga de Fernando  
esa?

ISMAEL. Gran señora, sí;  
y si he de decir aquí  
la verdad... ¿Qué estoy dudando...?

El deseo de reinar  
con don Juan tanto ha podido,  
que ciego me ha persuadido  
que llegue la muerte a dar  
al niño Rey; y el temor  
de que no me castigase  
me obligó que le jurase  
ser a su Alteza traidor.

Afirméle que este vaso  
iba con la purga lleno  
de un instantáneo veneno;  
pero no haga dello caso

Vuestra Alteza, que es mentira  
con que pretendí engañalle  
no más que por sosegalle  
y dar lugar a la ira.

Y pues del título infame  
me he librado de traidor,  
juzgo agora por mejor  
que la purga se derrame;  
que otra medicina habrá  
que le haga al Rey más al caso.

*(Quiere derramarla y detiènele la Reina.)*

REINA. Tened la mano y el vaso;  
que pues mi Fernando está

para purgarse dispuesto,  
no es bien perder la ocasión  
por una falsa opinión  
que en mala fama os ha puesto.

Conozco vuestra virtud;  
médico habéis siempre sido  
sabio, fiel y agradecido.

Asegurad la salud  
del Rey y vuestra inocencia  
haciendo la salva agora  
a esa purga.

ISMAEL. Gran señora,  
no estoy, con vuestra licencia,  
dispuesto a purgarme yo,  
ni tengo la enfermedad  
del rey Fernando y su edad.

REINA. ¿Que no estáis enfermo?

ISMAEL. No.

REINA. No importa; vuestra virtud  
desmienta agora este agravio:  
en salud se sangra el sabio;  
purgaréisos en salud.

Tiene muy malos humores  
el reino desconcertado,  
y por remedio he tomado  
el purgalle de traidores:

a vos no puede dañaros.

ISMAEL. Es muy recia, y no osaré  
tomarla, señora, en pie.



REINA. Pues buen remedio, asentaros.

ISMAEL. A vuestros pies me derribo;  
no permitáis tal rigor.

REINA. Bebedla; que haré, doctor,  
atenacearos vivo.

El infante don Juan es  
noble, leal y cristiano,  
sin resabios de tirano,  
sin sospechas de interés.

De la nación más rüin  
vos, que el sol mira y calienta;  
del mundo oprobio y afrenta,  
infame judío, en fin:

¿Cuál mentirá de los dos?  
¿O cómo creeré que hay ley  
para no matar su Rey  
en quien dió muerte a su Dios?

.....  
Bebed: ¿qué esperáis?

ISMAEL. Señora,  
si el confesar mi traición  
no basta a alcanzar perdón,  
baste el ser vos...

REINA. Bebé agora,  
o escoged salir mañana  
desnudo y a un carro atado  
a vista del vulgo airado  
y vuestra nación tirana,  
por las calles y las plazas,

---

JORNADA SEGUNDA

---

dando a la venganza temas,  
y vuestras carnes blasfemas  
al fuego y a las tenazas.

[*El hebreo, ante la amenaza de la REINA, bebe.  
Vase por la puerta del fondo, y cae muerto dentro.*]

ESCENA IV

REINA.           ¡ Vos lleváis buena esperanza !  
Su bárbara muerte es cierta.  
Quiero cerrar esta puerta ;  
que el ocultar mi venganza  
    ha de importar por agora.  
¡ Ay, hijo del alma mía !  
Aunque mataros porfía  
quien no como yo os adora,  
    el cielo os está amparando ;  
mas pues sois ángel de Dios,  
sed ángel de guarda vos  
de vos mismo, mi Fernando.

ESCENAS V A VIII

[*Los Estados vecinos se aprovechan de los continuos disturbios de Castilla, promovidos por los Infantes. Los árabes atacan Jaén; el Rey de Aragón pone sitio a Soria, y en Extremadura se teme a los portugueses. Para sostener los ejércitos fronterizos*

la REINA se ve obligada a vender su patrimonio y sus joyas, y cuando llega una situación apurada empeña sus tocas a un mercader segoviano antes de imponer nuevos pechos a los vasallos.]

ESCENA IX

DON JUAN. (*Ap.*) Alegre espero  
del Rey la agradable muerte.  
¿Si habrá el veneno mortal  
asegurado mi suerte?  
¡Oh corona! ¡Oh trono real!  
¿Cuándo tengo de poseerte?

REINA. Primo.

DON JUAN. Señora.

REINA. Bien sé  
que desde que os redujisteis  
a vuestro Rey, y volvisteis  
por vuestra lealtad y fe,  
a saber que algún rico hombre  
a su corona aspirara,  
y darle muerte intentara  
a costa de un traidor nombre,  
que pusiérades por él  
vida y hacienda.

DON JUAN. Es así.  
(¿Si dice aquesto por mí?) (*Ap.*)  
Creed de mi pecho fiel,  
gran señora, que prefiero

JORNADA SEGUNDA

la vida, el ser y el honor  
por el Rey nuestro señor.  
Pero el propósito espero  
a que me habléis desa suerte.

REINA. Solos estamos los dos:  
fiarme quiero de vos.

DON JUAN. (*Ap.*) Angustias siento de muerte.

REINA. Sabed que un grande, y tan grande  
como vos...—¿De qué os turbáis?

DON JUAN. Témoste que ocasionáis  
que algún traidor se desmande  
contra mí, y descomponerme  
con vuestra Alteza procure.

REINA. No hay contra vos quien murmure,  
que el leal seguro duerme.

Digo, pues, que un grande intenta  
(y por su honra el nombre callo)  
subir a Rey de vasallo,  
y sus culpas acrecienta.

Quisiérale reducir  
por algún medio discreto,  
y porque tendréis secreto,  
con vos le intento escribir;  
que por querelle bien vos  
mejor le reduciréis.

DON JUAN. ¿Yo bien?

REINA. Tan bien le queréis  
como a vos mismo.

DON JUAN. Por Dios

que el corazón me sacara  
a mí mismo, si supiera  
que en él tal traición cupiera.

REINA. Eso, primo, es cosa clara;  
que a no teneros por tal,  
no os descubriera su pecho.  
El mío está satisfecho  
de si sois o no leal.

¡Aquí hay recado: escribid.

DON JUAN. (Ap.) ¿Qué enigmas, cielos, son éstas?  
¡Ay, reino, lo que me cuestas!

REINA. Tomad la pluma.

DON JUAN. Decid.

REINA. *Infante...*

DON JUAN. Señora...

REINA. Digo  
que así, *Infante*, escribáis.

DON JUAN. Si por *Infante* empezáis,  
claro está que habláis conmigo,  
pues si don Enrique no,  
no hay en Castilla otro infante.  
Algún privado arrogante  
mi nobleza desdoró;  
y mentirá el desleal  
que me impute tal traición.

REINA. ¿No hay Infantes de Aragón,  
de Navarra y Portugal?

¿De qué escribiros servía  
estando juntos los dos?

JORNADA SEGUNDA

Haced más caso de vos.

DON JUAN. (*Ap.*) ¡Qué traidor no desconfía!

(*Paseándose la REINA, va dictando, y don Juan escribe.*)

REINA. *Infante: como un rey tiene  
dos ángeles en su guarda,  
poco en saber quién es tarda  
el que a hacelle traición viene.  
Vuestra ambición se refrene;  
que se acabará algún día  
la noble paciencia mía,  
y os cortará mi asperèza  
esperanzas y cabeza...  
La reina doña María.*

Leedme agora el papel,  
que no es de importancia poca,  
y por la parte que os toca  
advertid, Infante, en él.

(*Léele don Juan.*)

Cerralde y dalde después.

DON JUAN. ¿A quién? Que sabello intento.

REINA. El que está en ese aposento  
os dirá para quién es. (*Vase.*)

ESCENA X

DON JUAN. “¡El que está en ese aposento  
os dirá para quién es!”

Misterios me habla, después  
que matar al Rey intento.

¡Escribe el papel conmigo,  
y remite a otro el decirme  
para quién es! Prevenirme  
intenta con el castigo.

¿Si hay aquí gente cerrada,  
para matarme en secreto?  
Ea, temor indiscreto,  
averiguad con la espada  
la verdad desta sospecha.

*(Saca la espada, abre la puerta del fondo y descubre al judío muerto con el vaso en la mano.)*

¡Al cielo! Mi daño es cierto:  
el doctor está aquí muerto  
y la esperanza deshecha  
que en su veneno estribó.

Todo la Reina lo sabe,  
que en un vil pecho no cabe  
el secreto. El le contó

la determinación loca  
de mi intento depravado.

El veneno que ha quedado  
he de aplicar a la boca. *(Toma el vaso.)*

Pagaré así mi delito,  
pues que colijo de aquí  
que sois, papel, para mí,  
siendo un muerto el sobrescrito.

X

---

JORNADA SEGUNDA

---

Si deste vano interés  
duda vuestro pensamiento,  
“El que está en este aposento  
os dirá para quién es.”

Mudo dice que yo soy;  
muerto está por desleal;  
¡quien fué en la traición igual,  
séalo en la muerte hoy!

Que por no ver la presencia  
de quien ofendí otra vez,  
a un tiempo verdugo y juez  
he de ser de mi sentencia.

*(Quiere beber; sale la REINA y quitale el vaso.)*

ESCENA XI

REINA. Primo, Infante, ¿estáis en vos?  
Tened la bárbara mano.

¿Vos sois noble? ¿Vos cristiano?  
Don Juan, ¿vos teméis a Dios?

¿Qué frenesí, qué locura  
os mueve a desesperaros?

DON JUAN. Si no hay para aseguraros  
satisfacción más segura  
si no es con que muerto quede,  
quiero ponerlo por obra,  
que quien mala fama cobra  
tarde restauralla puede.



REINA. Vos no la perdéis conmigo;  
ni aunque desleal os llame  
un hebreo vil e infame,  
que no vale por testigo,  
¿le he de dar crédito yo?  
El fué quien dar muerte quiso  
al Rey. Tuve dello aviso,  
y aunque la culpa os echó,  
ni sus engaños creí,  
ni a vos, don Juan, noble primo,  
menos que antes os estimo.  
El papel que os escribí  
es para daros noticia  
de que en cualquier yerro o falta  
ve mucho, por ser tan alta,  
la vara de la justicia;  
y lo que su honra daña  
quien fieles amigos deja,  
con traidores se aconseja,  
y a rüines acompaña.  
De la amistad de un judío  
¿qué podía resultaros,  
si no es, Infante, imputaros  
tal traición, tal desvarío?  
Escarmentad, primo, en él,  
mientras que seguro os dejo;  
y si estimáis mi consejo,  
guardad mucho ese papel,  
porque contra la ambición

---

X

JORNADA SEGUNDA

---

sirva, si acaso os inquieta:  
a la lealtad de receta,  
de epítima al corazón;  
que siendo contra el honor  
la traición mortal veneno,  
no hay antídoto tan bueno,  
Infante, como el temor.

DON JUAN. No tengo lengua, señora,  
para ensalzar al presente  
la prudencia que en vos...

REINA. Gente  
viene; dejad eso agora.

ESCENAS XII A XVII

*[El infante DON JUAN prepara una nueva traición. Dice a varios caballeros que la REINA y DON JUAN CARAVAJAL quieren casarse proclamándose reyes de Castilla, y que han sobornado a un médico judío para que envenene al niño Rey, pero el Infante llegó a tiempo de evitar tan horrible crimen y castigó al médico con la muerte. En la habitación inmediata les muestra el cadáver del judío. Como los caballeros no dan crédito a las palabras del Infante, él les invita a que vayan aquella noche a cenar a su quinta donde les dará testimonios indudables de los propósitos de la REINA y de CARAVAJAL.]*

*[El mayordomo se presenta a la REINA para de-*

*cirle que, agotado por completo el tesoro real y su crédito, por la noche no se podrá cenar en Palacio.]*

- REINA. Los monteros  
de Espinosa, mis guardas, con secreto  
me prevenid, don Juan, y caballeros  
parientes vuestros: yo os diré a qué efeto.
- DON AL. No quiero saber más que obedeceros.
- REINA. La pena refrenad, que yo os prometo  
que esta noche, Melendo, a costa ajena  
habemos de tener una real cena.

ESCENA XVIII

DON JUAN, DON DIEGO, DON NUÑO, DON ALVARO.  
*Sala en la quinta del infante don Juan.*

- DON JUAN. Mientras que se hace hora  
de cenar, entretengamos  
el tiempo.
- DON NUÑO. Dados jugamos.
- DON JUAN. Dejad los dados agora,  
que tienen muchos azares.
- DON DIEGO. No es pequeño el que sospecho  
que ha de alborotar mi pecho  
don Juan, mientras no repares  
de la Reina la opinión,  
que corre riesgo por ti.
- DON JUAN. Que al reino he librado di,  
don Diego, de una traición.

JORNADA SEGUNDA

- DON DIEGO. Más difícil de creer  
se me hace, cuanto más  
lo pienso.
- DON JUAN. ¡Terrible estás,  
don Diego! Si te hago ver  
hacer la Reina favores  
a don Juan Caravajal,  
y en correspondencia igual  
que él la está diciendo amores,  
¿crêráslo?
- DON DIEGO. Crêré que miente  
la vista; pero en tal caso  
los celos en que me abraso,  
si ven tal traición presente,  
y de Castilla el decoro  
me obligará a que os incite  
que el gobierno se le quite,  
y en el alcázar de Toro  
esté presa.
- DON JUAN. ¿A quién podremos  
nombrar por gobernador,  
y del niño Rey tutor?
- DON NUÑO. Si a vos, don Juan, os tenemos,  
¿qué hay que preguntar a quién?
- DON JUAN. Yo soy muy poco ambicioso.
- DON DIEGO. Don Enrique es poderoso,  
y tendrá ese cargo bien.
- DON JUAN. Don Enrique ha pretendido  
ser rey, y si en su poder

está el reino, ha de querer  
lo que hasta aquí no ha podido.

DON ALVARO. Serálo don Diego, pues,  
que nadie en España ignora  
quién es.

DON JUAN. Dejemos agora  
aquesto para después;  
que cuando por elección  
el reino en Cortes me elija,  
será fuerza que le rija,  
y tuerza mi inclinación.

DON DIEGO. (*Ap.*) Este es traidor, vive el cielo,  
y por verse rey levanta  
a la Reina, cuerda y santa,  
el insulto que recelo.

Aunque la vida me cueste,  
lo tengo hoy de averiguar.

DON JUAN. Caballeros, a cenar. (*Toçan a rebato.*)  
Pero ¿qué alboroto es éste?

ESCENA XIX

EL CRIADO.—DICHOS.

CRIADO. La Reina y toda su guarda  
la casa nos han cercado.

DON JUAN. (*Ap.*) ¡Qué mucho si tiene al lado  
los dos ángeles de guarda  
que dijo, que la dan cuenta





X

---

JORNADA SEGUNDA

---

de aquesta nueva traición!  
¿Cómo esperáis, corazón,  
sin matarme, tal afrenta?

ESCENA XX

DON ALONSO, DON MELENDO, SOLDADOS.—DICHOS ::  
*después la REINA.*

DON ALONSO.    Daos a prisión, caballeros;  
las espadas de las cintas  
quitad.

*(Quitanselas y sale la REINA, armada.)*

REINA.            No se hacen las quintas  
si no es para entreteneros,  
ni es bien que yo guarde fueros  
a quien no guarda a mi honor  
el respeto que el valor  
de un vasallo a su Rey debe,  
y a dar crédito se atreve  
ligeramente a un traidor.

.....

Si la vida que os he dado  
dos veces (que no debiera),  
apetecéis la tercera,  
Infante inconsiderado,  
decid, pues estáis atado  
al potro de la verdad,  
quién fué el que con deslealtad



quiso dar veneno al Rey,  
haciendo a un hebreo sin ley  
ministro de tal maldad.

DON JUAN. Señora...

REINA. No moriréis,  
como la verdad digáis.

DON JUAN. Si piadosa me animáis,  
severa temblar me hacéis.  
Muerte es justo que me deis,  
y cesará la ambición  
de una loca inclinación  
que a su lealtad rompió el freno,  
y con el mortal veneno  
ha mezclado esta traición.

Yo al médico persuadí  
que al Rey mi señor matase,  
porque en su silla gozase  
el reino que apetecí.

Después que muerto le vi,  
por vos forzado a beber  
el veneno, hice creer  
a todos, en vuestra mengua,  
cosas que no osa la lengua  
memoria dellas hacer.

REINA. En la Mota de Medina  
Estaréis, Infante, preso  
hasta que os vuelva a dar seso  
el furor que os desatina.

DON JUAN. Quien a ser traidor se inclina,

X

---

JORNADA SEGUNDA

---

tarde volverá en su acuerdo.  
La libertad y honra pierdo  
por mi ambicioso interés:  
callar y sufrir, pues es  
por la pena el loco, cuerdo. (*Llévanle.*)

DON NUÑO. Nadie, gran señora, ha dado  
fe en vuestra ofensa al Infante.

REINA. Noticia, tengo bastante  
de quién es o no culpado.

.....  
Dos ángeles traigo al lado,  
y el cielo a Fernando ayuda,  
que ingratos intentos muda.  
.....

[*La REINA obliga a todos los caballeros presentes a que le devuelvan las rentas que tienen usurpadas al tesoro real.*]

## JORNADA TERCERA

### ESCENAS I A IV

*[Fernando IV llega a edad de reinar sin tutela. Su madre le da prudentes consejos para el gobierno y se retira a la villa de Becerril.]*

*DON NUÑO, DON ALVARO y el infante DON ENRIQUE se captan la privanza del joven monarca, el cual trata con algún desdén a BENAVIDES y a los hermanos CARAVAJALES.]*

### ESCENA V

*EL REY, DON ENRIQUE, DON NUÑO y DON ALVARO, en traje de casa; ACOMPAÑAMIENTO, retirado.  
(Claro en los montes de Toledo.)*

REY.                    ¡Fértiles montes!

DON ALVAR.                    Notables.

DON ENR.            Afirmarte dellos puedo  
                         que, aunque ásperos y intratables,  
                         son los montes de Toledo  
                         más fecundos y admirables

que los de Africa, alabados  
de Plinio por milagrosos.

- .....
- REY. De más estima es la caza  
que tienen, a que me inclino.
- DON ENR. La que esta comarca abraza  
es tanta, que hasta el camino  
muchas veces embaraza.
- REY. No pienso salir tan presto,  
Infante, de su aspereza.
- DON ENR. Este ejercicio es honesto,  
y propio de la grandeza  
de un rey.
- REY. Escuchad: ¿qué es esto?

ESCENA VI

(DON JUAN, *de labrador*.—DICHOS.)

- DON JUAN. Inclito y famoso Rey,  
felice por ser Fernando,  
en el valor el primero,  
aunque en sucesión el cuarto;  
si la justicia y prudencia  
que mostró en sus tiernos años  
Salomón, le ganó nombre  
eternamente de sabio,  
y a las puertas del gobierno  
sobre el trono estáis sentado

de España, cuando Castilla  
os pone el cetro en la mano,  
imitad a Salomón,  
y entrad deshaciendo agravios,  
porque al principio os respeten  
y adoren vuestros vasallos.

.....  
La reina doña María,  
mujer de don Sancho *el Bravo*,  
Jezabel contra inocentes,  
Athalia entre tiranos,  
por vivir a rienda suelta  
en tan ilícitos tratos,  
que para que no os ofendan,  
los publico con callarlos,  
intentando libre y torpe  
casarse con un vasallo,  
y dándós la muerte niño,  
estos reinos usurparos;  
de mi lealtad temerosa,  
porque me dió mi cuidado  
noticia de sus intentos  
(que dan voces los pecados),  
viendo oponerme leal,  
con armas y con vasallos,  
a sus mortales deseos,  
quitado me ha mis Estados,  
y en la Mota de Medina  
ha, invicto señor, diez años

que preso por inocente,  
lloro desdichas y agravios.  
Supe, gracias a los cielos,  
que vuelto el siglo dorado,  
el gobierno de Castilla  
resucita en vuestra mano,  
y que esta Athalia cruel  
se ha recogido, llevando  
los esquilmos de estos reinos,  
por su ambición disfrutados,  
y fiando en mi inocencia,  
y en la lealtad de un criado,  
hechas las sábanas tiras,  
del homenaje más alto  
descolgándome una noche,  
como me veis disfrazado,  
entre estos montes desiertos  
ha cuatro meses que paso.  
Si el poco conocimiento  
que tenéis de mis trabajos  
pone mi crédito en duda,  
y a persuadiros no basto  
a la justa indignación  
de vuestra madre, Fernando;  
don Juan soy, infante y hijo  
del rey don Alonso el Sabio;  
mi sobrino os llama el mundo,  
y yo mi señor os llamo.  
Ved si es razón, Rey famoso,

que pobre y desheredado  
habe silvestres montes  
vuestro tío, y que triunfando  
de la lealtad la traición,  
coma las yerbas del campo.

REY.

.....  
Levantad, ilustre tío,  
del suelo, que estáis bañando,  
las generosas rodillas,  
y dadme los nobles brazos:  
que habéis sacado a los ojos  
lágrimas que os están dando  
los pésames del rigor  
con que el tiempo os ha tratado.  
Con vuestras quejas he oído  
la mala cuenta que ha dado  
mi madre de su gobierno;  
pero negocio tan arduo,  
aunque don Enrique alega  
lo que vos, y ha provocado  
mi severo enojo, pide  
que lo averigüe despacio.  
Contento estoy con la caza  
que en estos desiertos hallo,  
pues siendo vos su despojo  
a vuestro ser os restauro.  
Vuestros Estados os vuelvo,  
dándoos el mayordomazgo  
mayor de mi casa y corte.

DON JUAN. Reinéis, señor, siglos largos.  
DON ENR. Para gozarlos seguro,  
es, gran señor, necesario  
que a los principios cortéis  
a los peligros los pasos.  
A lo que el Infante ha dicho  
contra vuestra madre, añado  
que es don Juan Caravajal  
el que en ilícitos tratos  
con la Reina ofende torpe  
la memoria de don Sancho,  
vuestro padre, y ambicioso  
el reino intenta usurparos.  
Para esto ofrece la Reina  
que al de Aragón dé la mano  
la infanta doña Isabel,  
vuestra hermana, y que éntre armado  
en Castilla, cuyo reino  
le entregará, porque amparo  
dé a sus livianos deseos.  
En León los dos hermanos  
Caravajales intentan,  
por ser tan emparentados,  
juntar sus deudos y amigos,  
y del reino apoderados  
alzar por doña María  
banderas, y despojaros  
de vuestro real patrimonio:  
para esto tiene usurpados



diez cuentos de vuestra renta  
a costa de pechos varios,  
que mientras tuvo el gobierno  
la dieron vuestros vasallos.

Mirad, gran señor, si piden  
la diligencia estos casos,  
con que ataja inconvenientes  
y imposibles vence el sabio.

REY. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible  
que mi madre haya borrado  
la fama con tal traición,  
que su nombre ha eternizado?

.....  
DON ALVAR. Lo menos, señor, te han dicho  
de lo que pasa, que es tanto  
que excede a cualquiera suma.

DON NUÑO. Si yo por testigo valgo,  
afirmarte, señor, puedo  
que si no acudes temprano  
al peligro de Castilla,  
no has de poder remediallo.

REY. Alto, pues, vasallos míos;  
no es posible que haya engaño  
en vuestros hidalgos pechos;  
creeros quiero a los cuatro.  
Mi madre es mujer y moza;  
quedó el gobierno en su mano;  
el poder y el amor ciegan;  
no hay hombre cuerdo a caballo.

Si por tantos años tuvo  
estos reinos a su cargo,  
¿qué mucho, siendo ambiciosa,  
que sienta agora el dejarlos?  
El derecho natural  
perdone, que de dos daños  
se ha de elegir el menor.  
Castilla me pide amparo;  
mi madre la tiraniza;  
y pues conspira, afrentando  
la ley de naturaleza  
contra quien el ser ha dado,  
hoy mi justicia dé muestras  
que contra insultos y agravios  
no hay excepción de personas,  
sangre, ni deudos cercanos.  
Pues sois ya mi mayordomo,  
y estáis, Infante, agraviado,  
tomad a mi madre cuentas,  
hacelda alcances y cargos  
de las rentas de mis reinos;  
y si no igualan los gastos  
a los recibos, prendelda.

DON JUAN.

No me mandéis...

REY.

Esto os mando:

prended también los traidores  
Caravajales; que entrambos  
han de dar a España ejemplo,  
viéndolos en un cadalso.

Juan Alfonso Benavides  
debe ser también tirano:  
en Santorcaz esté preso,  
que así al reino satisfago.

DON JUAN. Servirte sólo pretendo.

REY. Por los cielos soberanos,  
que ha de quedar en el mundo  
nombre de Fernando el Cuarto.

*(Vase con el acompañamiento.)*

ESCENA VII

*(DON ENRIQUE, DON JUAN, DON NUÑO, DON ALVARO.)*

DON JUAN. Esto es hecho, don Enrique.

DON ENR. Dadme, sobrino, los brazos  
en que estriba nuestro aumento,  
y por vuestro ingenio gano.

DON JUAN. Quitemos aqueste estorbo;  
que si una vez derribamos  
la Reina, no hay que temer.

DON ENR. Para eso yo solo basto.

DON JUAN. Mas escuchad, si os parece,  
la traza que he imaginado  
para que los dos reinemos,  
que es sólo lo que intentamos.  
A la Reina tengo amor,  
sin que el tiempo haya borrado

con injurias y prisiones  
de mi pecho su retrato.  
Si por verse perseguida  
de su hijo, que indignado  
ponella manda en prisión,  
su honor y fama arriesgando,  
con nosotros se conjura,  
y ofreciéndome la mano  
de esposa (que esto y más puede  
en la mujer un agravio),  
de la corona y la vida  
al mozo Rey despojamos,  
¿qué dicha no conseguimos?  
¿Qué temor basta a alterarnos?  
Vos reinaréis, don Enrique,  
en todo el término largo  
que abarca Sierra Morena,  
y yo en Castilla gozando  
el apetecido cetro;  
si con la Reina me caso,  
daré a Trujillo a don Nuño,  
y a don Alvaro otro tanto.

DON ENR. Si eso con ella acabáis,  
habréis, don Juan, dado cabo  
a mi esperanza y temores.

DON ALVAR. La traza prudente alabo.

DON NUÑO. Infante, si a efeto llega,  
conquistad el pecho casto  
de la Reina, y habréis hecho

un prodigioso milagro.  
DON JUAN. Eso a mi cargo se quede.  
Venid: firmemos los cuatro,  
para más seguridad,  
la palabra que la damos  
de ser todos en su ayuda  
contra el Rey, pues de su mano  
la fortuna nos corona  
en Castilla.

DON ENR. Vamos.

LOS OTROS TRES. Vamos. (*Vanse.*)

ESCENAS VIII y IX

[*La REINA se instala en su villa de Becerril, donde vive rodeada del cariño de los villanos.*]

ESCENA X

(DON JUAN, DON NUÑO, DON ALVARO.—LA REINA,  
DON ALONSO, DON PEDRO.)

DON ALVAR. (*Hablando ap. con el Infante al salir.*)

La Reina está aquí y también  
los Caravajales.

DON JUAN. Tengo  
a dicha el tiempo a que vengo.  
(*Llegándose a la Reina y los Caravajales.*)  
Los dos a prisión se den.



Y si lo mismo procura  
hacer de mí, la cabeza  
le ofreceré.

DON JUAN.                      Vuestra Alteza  
tampoco está muy segura.  
Harto hará en mirar por sí.

.....  
(DON NUÑO y DON ALVARO *se llevan a* DON ALONSO  
*y a* DON PEDRO.)

ESCENA XI

REINA.                      Como a la real obediencia  
se sujeta mi paciencia,  
no os parezca novedad,  
don Juan, no favorecer  
a quien tan bien me sirvió,  
porque nunca bien mandó  
quien no supo obedecer.

Mas el que es ministro real,  
cuando algún culpado prende,  
con la vara sólo ofende,  
que con la lengua hace mal.

El juez prudente castiga  
cuando el cargo que vos cobra,  
y atormentando con la obra,  
con las palabras obliga.

Poco mi respeto os debe.  
DON JUAN.                      Cuando sepáis que estos dos,

gran señora, contra vos  
han usado el trato aleve  
que ignoráis, no juzgaréis  
mi rigor por demasiado.

REINA.

¿Contra mí? Experimentado  
tengo, como vos sabéis,  
don Juan, en no pocos años,  
aunque es fácil la mujer,  
lo poco que hay que creer  
en testimonios y engaños.

DON JUAN.

.....  
En prueba, señora, deso,  
porque sepáis cuán leales  
os son los Caravajales,  
y si el Rey mal los ha preso,  
advertid que han dicho al Rey  
que la ambición de mandar  
os obliga a conspirar  
contra el amor y la ley  
que a vuestro Rey y señor  
debéis; tanto, que usurpado  
tenéis a su real Estado  
treinta cuentos; que el amor  
que tenéis al de Aragón  
le fuerza, si os da la mano,  
a entregalle en ella llano  
a Castilla y a León;  
y otras cosas que no cuento,  
pues por indignas de oíllas,



no sólo no oso decillas,  
mas de pensallas me afrento.

El Rey, fácil de creer,  
contándole lo que pasa  
testigos de vuestra casa,  
manda que os venga a prender,  
después de tomaros cuentas  
del tiempo que gobernado  
habéis su reino, y cobrado  
de su corona las rentas.

No quise que cometiese  
a otro el venir sino a mí,  
que serviros prometí,  
porque no se os atreviese ;  
y como aquí los hallé,  
no me sufrió el corazón  
pasar por tan gran traición,  
y así prendellos mandé.

REINA. Que el Rey forme de mí quejas,  
y ponerme en prisión mande,  
no me espanto, mientras ande  
la lisonja a sus orejas.

Mas ¡ que los Caravajales  
tal traición contra mí digan!...  
Por más, don Juan, que persigan  
su valor los desleales,  
no saldrán con la demanda.  
Vuestro cargo ejercitad ;  
prendedme, cuentas tomad,

y haced lo que el Rey os manda.  
DON JUAN. Yo, gran señora, juré  
de serviros y ayudaros,  
y lo que os debo pagaros  
con lealtad, amor y fe.

El infante don Enrique  
y otros caballeros sienten  
que traidores os afrenten,  
y el Rey esto os notifique;  
para lo cual hemos hecho  
pleito homenaje de estar  
de vuestra parte, y pasar  
cualquier peligroso estrecho  
por vos, si darme la mano  
de esposa tenéis por bien,  
y el reino quitar también  
a un hijo tan inhumano.

.....

En este papel confirman  
esto cuatro ricos hombres,  
cuyo poder, sangre y nombres  
conoceréis, pues lo firman,  
que son don Enrique, yo  
con don Alvaro, y también  
don Nuño: si os está bien,  
mi amor justa paga halló.

REINA. (*Tomando el papel.*) Guardaréle para indicio  
de vuestra lealtad y ley,

y verá por él el Rey  
a quién tiene en su servicio...

*(Métele en la manga, y luego saca otro y le rompe.)*

Aunque pegarme podría  
la deslealtad que hay en él,  
que si es malo, de un papel  
se ha de huir la compañía,  
rasgalle es mejor consejo;  
que para vuestros castigos,  
es bien aumentar testigos,  
y será quebrado espejo,  
que en la parte más pequeña,  
como en la mayor, la cara  
retrata que en él repara;  
mas si en pedazos enseña  
las vuestras, viéndoos en él,  
como son tantas, don Juan,  
retratallas no podrán  
las piezas dese papel.

Tomad las cuentas, primero  
que me prendáis, de la renta  
real, y alcanzadme de cuenta,  
si podéis; pero no espero  
que en eso me deis cuidado,  
pues vos mismo sois testigo  
que en tres que hicisteis conmigo,  
siempre quedasteis cargado.

Pero esperadme, que en breve

\*  
JORNADA TERCERA

---

las que pedís os daré,  
porque el Rey seguro esté,  
y sepa quién a quién debe. (*Vase.*)

DON JUAN.     ¡Que callar me haga así  
el valor desta mujer!

ESCENA XII

(*El REY, DON MELENDO, DON JUAN.*)

REY.           Difícil es de creer  
que conspire contra mí  
                mi misma madre, Melendo;  
pero es mujer: ¿qué me espanta?

DON MEL.     La Reina, señor, es santa.

REY.           Ver por mis ojos pretendo  
                la verdad que temo en duda.

DON JUAN.    ¡Rey y señor! ¿Vuestra Alteza  
Aquí?

REY.           La poca certeza  
que tengo, manda que acuda  
                en persona a averiguar  
la verdad destes sucesos.

DON JUAN.    Ya están los hermanos presos  
que el reino os quieren quitar.

                Y la Reina, temerosa  
de veros con ella airado,  
conmigo se ha declarado,  
y promete ser mi esposa



---

JORNADA TERCERA

---

ESCENA XIII

(LA REINA.—EL REY, DON JUAN, DON MELENDO.)

DON MEL. Aquí, señora, está el Rey.

DON JUAN. (*Ap.*) De mis traiciones me espanto.

REINA. Huélgome que haya venido,  
hijo y señor, Vuestra Alteza  
a averiguar testimonios,  
que hace gigantes la ausencia.  
Su mucha cordura alabo,  
porque, en negocios de cuentas  
y de honras, suele un cero  
dañar mucho si se yerra;

.....  
Mandado habéis a don Juan  
que a tomar la razón venga  
de vuestro real patrimonio;  
viéndolo vos, soy contenta,  
que aunque deberos me imputan  
privados que os lisonjean  
treinta cuentos, serán cuentos  
de mentiras, no de hacienda.  
Pero yo admito sus cargos:  
sumad, don Juan, en presencia  
del Rey, gastos y recibos,  
por que sus alcances vea.—  
Cuando de tres años solos  
quedó del Rey la inocencia

y este reino a cargo mío,  
primeramente en la guerra  
que vos, Infante, le hicisteis,  
levantándole la tierra,  
llamándôs Rey de Castilla  
y enarbolando banderas,  
gasté, Infante, quince cuentos,  
hasta que en la fortaleza  
de León, preso por mí,  
peligró vuestra cabeza.  
Redújeos a mi servicio,  
y haciéndôs mercedes nuevas,  
murmuraron los leales,  
que veros pagar quisieran  
vuestra traición con la vida;  
y para enfrenar sus lenguas  
con el oro, que enmudece,  
les di tres, que no debiera.  
Item: en edificar  
en Valladolid las Huelgas,  
donde en continua oración  
a Dios sus monjas pidieran  
que de vos al Rey librase  
y las trazas deshiciera  
de vuestro pecho ambicioso  
en mi agravio y en su ofensa,  
veinte cuentos. Item más:  
cuando por estar su Alteza  
enfermo quisisteis darle

veneno (ya se os acuerda)  
por medio del vil hebreo  
que entonces médico era  
del Rey, en una bebida,  
testigo de la fe vuestra;  
en hacimiento de gracias,  
misas, procesiones, fiestas,  
seis cuentos, que repartí  
en hospitales e iglesias.  
Aunque pudiera contar  
otras partidas inmensas,  
en que por servir al Rey  
vendí mis joyas y tierras,  
como todo el reino sabe,  
sólo os sumo, don Juan, éstas,  
que no las negaréis, pues  
tenéis tanta parte en ellas.  
Sólo no he de dejar una,  
porque el Rey que os honra, sepa  
cuán codiciosa usurpé  
en Castilla sus riquezas.  
A un mercader de Segovia,  
para pagar las fronteras  
de Aragón y Portugal,  
empeñé mis tocas mismas,  
en prueba de vuestra fe,  
que no tuvisteis vergüenza  
de ver contra el real respeto  
sin tocas a vuestra Reina.



Premié al mercader leal;  
quítete mis nobles prendas,  
que los traidores agravian,  
y los leales respetan.

.....  
Ya me parece que basta  
esto en materia de cuentas;  
en materia de mi honor,  
para no seros molesta,  
aquí he escrito mis descargos.  
Vuestra Majestad los lea,

*(Dale un papel.)*

REY. y conozca por sus firmas  
en quién su privanza emplea.  
¡Válgame el cielo! Aquí dice  
que como mi madre ofrezca  
la mano a don Juan de esposa  
juntando Estados y fuerzas  
con don Enrique, don Nuño  
y otros, haciéndome guerra,

REINA. me quitarán a Castilla  
para coronarla en ella.  
Para asegurar traidores,  
fingí romper esa letra  
y la guardé para vos,  
otra rasgando por ella.

REY. Don Juan, ¿es vuestra esta firma?

DON JUAN. Sí, gran señor.



Don Juan, ¿es vuestra esta firma?









## EL VERGONZOSO EN PALACIO

### JORNADA PRIMERA

#### ESCENAS I A IV

[RUY LORENZO, *secretario del DUQUE DE AVERO*, intenta asesinar al CONDE DE ESTREMOZ para vengar ciertos agravios que de él había recibido; pero sus intenciones son descubiertas a tiempo. Huye precipitadamente RUY LORENZO y el DUQUE ordena que le busquen y le prendan.]

#### ESCENA V

(*Campo del ducado de Avero. MIRENO y TARSO, pastores.*)

MIRENO. ....

Mucho ha que me tiene triste  
mi altiva imaginación,  
cuya soberbia ambición  
no sé en qué estriba o consiste.  
Considero algunos ratos

que los cielos, que pudieron  
hacerme noble, y me hicieron  
un pastor, fueron ingratos ;  
y que, pues con tal bajeza  
me acobardo y avergüenzo,  
puedo poco, pues no venzo  
mi misma naturaleza.

Tanto el pensamiento cava  
en esto, que ha habido vez  
que, afrentando la vejez  
de Lauro, mi padre, estaba  
por dudar si soy su hijo,  
o si me hurtó a algún señor,  
aunque de su mucho amor  
mi necio engaño colijo.

Mil veces, estando a solas,  
le he preguntado, si acaso  
el mundo, que a cada paso  
honras anega en sus olas,  
le sublimó a su alto asiento  
y derribó del lugar  
que intenta otra vez cobrar  
mi atrevido pensamiento ;

.....  
Siempre, Tarso, ha malogrado  
estas imaginaciones,  
y con largas digresiones  
mil sucesos me ha contado,  
que todos paran en ser,

contra mis intentos vanos,  
progenitores villanos  
los que me dieron el ser.

Esto, que había de humillarme,  
con tal violencia me altera,  
que desta vida grosera  
me ha forzado a desterrarme,  
y que a buscar me desmande  
lo que mi estrella destina,  
que a cosas grandes me inclina  
y algún bien me guarda grande;

.....  
si quieres participar  
de mis males o mis bienes,  
buena ocasión, Tarso, tienes;  
déjame de aconsejar,  
y determínate luego.

TARSO. Para mí, bástame el verte,  
Mireno, de aquesa suerte:  
ni te aconsejo ni ruego;  
discreto eres; estodiado  
has con el cura; yo quiero  
seguirte, aunque considero  
de Lauro el grave cuidado.

MIRENO. Tarso, si dichoso soy,  
yo espero en Dios el trocar  
en contento su pesar.

TARSO. ¿Cuándo has de irte?

MIRENO. Luego.









a unas caserías que se muestran  
al pie de aquella sierra.

RUY.

Tus palabras  
declaran tu bondad, pastor amigo.  
Por vengar la deshonra de una hermana  
intenté dar la muerte a un poderoso,  
y sabiendo mi honrado atrevimiento,  
el Duque manda que me siga y prenda  
su gente por aquestos despoblados;  
y ya desesperado de librarne,  
salgo al camino. Quítame la vida,  
de tantos, por honrada, perseguida.

MIRENO.

Lástima me habéis hecho; y ¡vive el cielo!  
que si como la suerte avara me hizo  
un pastor pobre, más valor me diera,  
por mi cuenta tomara vuestro agravio.  
Lo que se puede hacer, de mi consejo,  
es que los dos troquéis esos vestidos  
por aquestos groseros; y encubiertos  
os libraréis mejor, hasta que el cielo  
a daros su favor, señor, comience;  
porque la industria los trabajos vence.

RUY.

¡Oh noble pecho, que entre paños bastos  
descubres el valor mayor que he visto!

Páguete el cielo, pues que yo no puedo,  
ese favor.

MIRENO.

La diligencia importa:  
entremos en lo espeso, y trocaremos  
el traje.

RUY.

Vamos. ¡Venturoso he sido! (*Vanse los dos.*)

TARSO.

¿Y habéis también de darme por mi sayo  
esas abigarradas, con más cosas  
que un menudo de vaca?

VASCO.

Aunque me pese.

TARSO.

Pues dos liciones me daréis primero,  
porque con ellas pueda hallar el tino,  
entradas y salidas desa Troya;

.....

RUY LORENZO, *de pastor*; MIRENO, *de galán*.

RUY. De tal manera te asienta  
el cortesano vestido,  
que me hubiera persuadido  
a que eres hombre de cuenta,  
a no haber visto primero  
que ocultaba la belleza

de los miembros la bajeza  
de aqueste traje grosero.

.....  
Alguna nobleza infiero  
que hay en ti, pues te prometo  
que te he cobrado el respeto  
que al mismo Duque de Averó.

¡Hágate el cielo como él!

MIRENO. Y a ti con sosiego y paz  
te vuelva, sin el disfraz,  
a tu Estado; y fuera dél,  
con paciencia vencerás  
de la fortuna el ultraje.  
Si te ve en aqueese traje  
mi padre, en él hallarás  
nuevo amparo; en él te fía,  
y dile que me destierra  
mi inclinación a la guerra;  
que espero en Dios que algún día  
buena vejez le he de dar.

RUY. Adiós, gallardo mancebo;  
la espada sola me llevo  
para poder evitar,  
si me conocen, mi ofensa.

.....  
(*Vanse RUY LORENZO y VASCO.*)

TARSO. ....  
Mas pues eres ya otro hombre,  
por si acaso adonde fueres

caballero hacerte quieres,  
¿no es bien que mudes el nombre?

Que el de Mireno no es bueno  
para nombre de señor.

MIRENO. Dices bien: no soy pastor,  
ni he de llamarme Mireno.

Don Dionís en Portugal  
es nombre ilustre y de fama;  
don Dionís desde hoy me llama.

TARSO. No le has escogido mal.

.....

Extremado es el ensayo;  
pero ya que así te ensalzas,  
dame un nombre que a estas calzas  
les venga bien, de lacayo,  
que ya el de Tarso me quito.

MIRENO. Escógele tú.

TARSO. Yo escojo,  
si no lo tienes a enojo...  
¿No es bueno?...

MIRENO. ¿Cuál?

TARSO. Gómez Brito.

¿Qué te parece?

MIRENO. Extremado.

TARSO. ¡Gentiles cascos, por Dios!  
Sin ser obispos, los dos  
nos habemos confirmado.

ESCENA XIII

[*Varios pastores van por orden del DUQUE en busca de RUY LORENZO. Topan con MIRENO y TARSO y, tomándolos por el Secretario y su criado los atan y conducen al Palacio de Averó.*]

ESCENA XIV

*Salón del Palacio del Duque en Averó.*

DOÑA JUANA, DON ANTONIO, *de camino.*

DOÑA JUANA. ¡Primo don Antonio!

DON ANT.

Paso:

no me nombréis; que no quiero  
hagáis de mí tanto caso,  
que me conozca en Averó  
el Duque. A Galicia paso,  
donde el rey don Juan me llama  
de Castilla, que me ama  
y hace merced, y deseo,  
a costa de algún rodeo, a  
saber si miente la fama  
que ofrece el lugar primero  
de la hermosura de España  
a las hijas del de Averó,  
o si la fama se engaña  
y miente el vulgo ligero.

DOÑA JUANA. Bien hay que estimar y ver;



pero no habéis de querer  
que así tan de paso os goce.

DON ANT. Si el de Avero me conoce  
y me obliga a detener,  
caer en falta recelo  
con el Rey.

DOÑA JUANA. Pues si eso pasa,  
de mi gusto al vuestro apelo;  
mas si sabe que en su casa  
don Antonio de Barcelo,  
conde de Penela, ha estado,  
y que encubierto ha pasado,  
cuando le pudo servir  
en ella, lo ha de sentir  
con exceso; que en su Estado  
jamás llegó caballero  
que por inviolables leyes  
no le hospede.

DON ANT. Así lo infiero;  
que es nieto, en fin, de los reyes  
de Portugal, el de Avero.

.....

ESCENA XV

*El DUQUE DE AVERO, el CONDE DE ESTREMOZ, DOÑA SERAFINA, DOÑA MAGDALENA.—DICHOS.*

DUQUE. Digo, conde don Duarte.  
que todo se cumpla así.

\*  
JORNADA PRIMERA

---

CONDE.           Pues el Rey nuestro señor  
favorece la privanza  
del hijo del de Berganza,  
y a vuestra hija mayor  
    os pide para su esposa,  
escriba vuestra excelencia  
que con su gusto y licencia  
doña Serafina hermosa  
    lo será mía.

DUQUE.                       Está bien.

CONDE.           Pienso que Su Majestad  
me mira con voluntad,  
y que lo tendrá por bien:  
    yo y todo le escribiré.

DUQUE.           No lo sepa Serafina  
hasta ver si determina  
el Rey que la mano os dé;

.....

DOÑA JUANA. (*Hablando aparte con DON ANTONIO.*)  
Presto os habéis divertido.  
Decid, ¿qué os han parecido  
las hermanas, don Antonio?

DON ANT.        No sé el alma a cuál se inclina  
ni sé lo que hacer ordena:  
bella es doña Magdalena,  
pero doña Serafina  
    es el sol de Portugal.  
Por la vista el alma bebe

llamas de amor entre nieve  
por el vaso de cristal  
de su divina blancura:  
la fama ha quedado corta  
en su alabanza.

DUQUE. Eso importa.

DON ANT. Fénix es de la hermosura.

DUQUE. Llegaos, Magdalena, aquí.

CONDE. (A DOÑA SERAFINA.)

Pues me da el Duque lugar,  
mi serafín, quiero hablar,  
si hay atrevimiento en mí  
para que vuele tan alto  
que a serafines me iguale.

DON ANT. Prima, a ver el alma sale  
por los ojos el asalto  
que amor le da poco a poco:  
ganaréme si me pierdo.

DOÑA JUANA. Vos entrasteis, primo, cuerdo,  
y pienso que saldréis loco.

DUQUE. (A DOÑA MAGDALENA.)

Hija, el Rey te honra y estima;  
cuán bien te está considera.

DOÑA MAG. Mi voluntad es de cera;  
vuexcelencia en ella imprima  
el sello que más le cuadre,  
porque en mí sólo ha de haber  
callar con obedecer.



ESCENA XVI

[*Los pastores traen presos a MIRENO y a TARSO. Quieren hablar todos a la vez y en su rusticidad no aciertan a explicar por qué han prendido a aquellos dos hombres.*]

DUQUE.            ¡ Hay mayor simplicidad !  
Ni he entendido a lo que vienen,  
ni por qué delito tienen  
así estos hombres. Soltad  
los presos, y decid vos  
qué insulto habéis cometido,  
para que os hayan traído  
de aquesa suerte a los dos.

MIRENO. (*De rodillas.*) Si lo es el favorecer,  
gran señor, a un desdichado,  
perseguido y acosado  
de tus gentes y poder,  
y juzgas por temerario  
haber trocado el vestido  
por darle vida, yo he sido.

DUQUE.            ¿ Tú libraste al secretario ?  
Pero sí, que aquese traje  
era suyo. Di, traidor,  
¿ por qué le diste favor ?

MIRENO.            Vuexcelencia no me ultraje,  
ni ese título me dé,  
que no estoy acostumbrado  
a verme así despreciado.

JORNADA PRIMERA

DUQUE.           ¿Quién eres?

MIRENO.                       No soy, seré;  
                                  que sólo por pretender  
                                  ser más de lo que hay en mí,  
                                  menosprecié lo que fui  
                                  por lo que tengo de ser.

DUQUE.           No te entiendo.

DOÑA MAG. (*Ap.*)                       ;Extraña audacia  
                                  de hombre! El poco temor  
                                  que muestra, dice el valor  
                                  que encubre. De su desgracia  
                                  me pesa.

DUQUE.                       Di, ¿conocías  
                                  al traidor que ayuda diste?  
                                  Mas pues por él te pusiste  
                                  en tal riesgo, bien sabías  
                                  quién era.

MIRENO.                       Supe que quiso  
                                  dar muerte a quien deshonoró  
                                  su hermana, y después te dió  
                                  de su honrado intento aviso;  
                                  y enviándole a prender,  
                                  le libré de ti, espantado  
                                  por ver que el que está agraviado-  
                                  persigas, debiendo ser  
                                  favorecido de ti,  
                                  por ayudar al que ha puesto  
                                  en riesgo su honor.

CONDE. (*Ap.*)                       ¿Qué es esto?

- ¿Ya anda derramada así  
la injuria que hice a Leonela?
- DUQUE. ¿Sabéis vos quién la afrentó?  
MIRENO. Supiéralo, señor, yo;  
que a sabello...
- DUQUE. Fué cautela  
del traidor para engañarte:  
tú sabes adónde está,  
y así, forzoso scrá,  
si es que pretendes librate,  
decillo.
- MIRENO. ¡Bueno sería,  
cuando adónde está supiera,  
que un hombre como yo hiciera  
por temor tal villanía!
- DUQUE. ¿Villanía es descubrir  
un traidor? Llevalde preso;  
que si no ha perdido el seso  
y menosprecia el vivir,  
él dirá dónde se esconde.
- DOÑA MAG. (*Ap.*) Ya deseo de libralle,  
qué no merece su talle  
tal agravio.
- DUQUE. Intento, Conde,  
vengaros.
- CONDE. El lo dirá.
- TARSO. (*Ap.*) ¡Muy gentil ganancia espero!
- DUQUE. Vamos, que responder quiero  
al Rey.

X

JORNADA PRIMERA

---

TARSO. (*Ap. con MIR.*) ¡ Medrando se va  
con la mudanza de estado,  
y nombre de don Dionís!

DUQUE. Viviréis, si lo decís.

MIRENO. (*Ap.*) La fortuna ha comenzado  
a ayudarme: ánimo ten,  
porque en ella es natural,  
cuando comienza por mal,  
venir a acabar en bien.

.....

(*Vanse los pastores, el DUQUE y el CONDE.*)

DOÑA MAG. Mucho, doña Serafina,  
me pesa ver llevar preso  
aquel hombre.

DOÑA SER. Yo confieso,  
que a rogar por él me inclina  
su buen talle.

DOÑA MAG. ¿Eso desea  
tu afición? ¿Ya es bueno el talle?  
Pues no tienes de libralle,  
aunque lo intentes.

DOÑA SER. No sea. (*Vanse.*)

DOÑA JUANA. ¿Habéisos de ir esta tarde?

DON ANT. ¡Ay, prima! ¿Cómo podré,  
si me perdí, si cegué?  
¿Si amor, valiente, cobarde,  
todo el tesoro me gana  
del alma y la voluntad?



Sólo por ver su beldad  
no he de irme hasta mañana.

DOÑA JUANA.    ; Bueno estáis! ¿Que amáis, en fin?

DON ANT.        Sospecho, prima querida,  
que de mi contento y vida  
Serafina será fin.

## JORNADA SEGUNDA

### ESCENA I

DOÑA MAG.      ¿Qué novedades son éstas,  
altanero pensamiento?  
¿Qué torres sin fundamento  
tenéis en el aire puestas?

.....  
Ayer guardaban los cielos  
el mar de vuestra esperanza,  
con la tranquila bonanza  
que agora inquietan desvelos.  
Al Conde de Vasconcelos

    o a mi padre di en su nombre  
el sí; mas porque me asombre,  
sin que mi honor lo resista,  
se entró al alma, a escala vista,  
por la misma vista un hombre.

    Vióle en ella, y fuera exceso,  
digno de culpar mi error,  
a no saber que el amor  
es niño, ciego y sin seso.  
¿A un hombre extranjero y preso

a mi pesar, corazón,  
habéis de dar posesión?  
¿Amar al Conde no es justo?  
Mas ¡ay! que atropella el gusto  
las leyes de la razón.

.....

ESCENA II .

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA. Aquel mancebo dispuesto,  
que ha estado preso hasta agora,  
y tu intercesión, señora,  
ya en libertad le ha puesto,  
pretende hablarte.

DOÑA MAG. (*Ap.*) (¡Qué presto  
valerse el amor procura  
de la ocasión y ventura  
que ha de ponerse en efeto!  
Mas hace como discreto,  
que amor todo es coyuntura.)  
¿Sabes qué quiere?

DOÑA JUANA. Pretende  
del favor que ha recibido  
por ti, ser agradecido.

DOÑA MAG. (*Ap.*) Aspides en rosas vende.

DOÑA JUANA. ¿Entrará?

DOÑA MAG. (*Ap.*) (Si preso prende,

JORNADA SEGUNDA

si maltratado maltrata,  
si atado las manos ata  
las de mi gusto resuelto,  
¿qué ha de hacer presente y suelto  
quien ausente y preso mata?)

Dile que vuelva a la tarde,  
que agora ocupada estoy.  
Mas oye; no vuelva.

DOÑA JUANA. Voy.

DOÑA MAG. Escucha: di que se aguarde.  
Mas váyase; que ya es tarde.

DOÑA JUANA. ¿Hase de volver?

DOÑA MAG. ¿No digo  
que sí? Ve.

DOÑA JUANA. Tu gusto sigo.

DOÑA MAG. Pero torna; no se queje.

DOÑA JUANA. Pues ¿qué diré?

DOÑA MAG. Que me deje,  
(Ap.) (y que me lleve consigo.)

Anda, di que entre...

DOÑA JUANA. Voy, pues.

(Vase.)

ESCENA IV

MIRENO, DOÑA MAGDALENA.

MIRENO. Aunque ha sido atrevimiento  
el venir a la presencia,

señora, de vuexcelencia  
mi poco merecimiento,  
ser agradecido trato  
al recibido favor;  
porque el pecado mayor  
es el que hace a un hombre ingrato.

Por haber favorecido  
de un desdichado la vida  
(que al noble es deuda debida)  
me vi preso y perseguido;  
pero en la misma moneda  
me pagó el cielo sin duda,  
pues libre con vuestra ayuda  
mi vida, señora, queda.

¿Libre dije? Mal he hablado;  
que el noble, cuando recibe,  
cautivo y esclavo vive,  
que es lo mismo que obligado.

.....

(Arrodillase.)

DOÑA MAG. Levantaos del suelo.

MIRENO. Así

estoy, gran señora, bien.

DOÑA MAG. Haced lo que os digo. (Ap.) (¿Quién  
me ciega el alma? ¡Ay de mí!)

¿Sois portugués?

MIRENO. Imagino

que sí.

DOÑA MAG. ¿Que lo imagináis?



MIRENO.

Don Dionís.

DOÑA MAG. Ya os tengo por portugués  
y por hombre principal;  
que en este reino no hay hombre  
humilde de vuestro nombre,  
porque es apellido real,  
y sólo el imaginaros  
por noble y honrado, ha sido  
causa que haya intercedido  
con mi padre a libertaros.

MIRENO. Deudor os soy de la vida.

DOÑA MAG. Pues bien; ya que libre estáis,  
qué es lo que determináis  
hacer de vuestra partida?  
¿Dónde pensáis ir?

MIRENO.

Intento

ir, señora, donde pueda  
alcanzar fama que exceda  
a mi altivo pensamiento:  
sólo aquesto me destierra  
de mi patria.

DOÑA MAG.

¿En qué lugar  
pensáis que podéis hallar  
esa ventura?

MIRENO.

En la guerra;  
que el esfuerzo hace capaz  
para el valor que procuro.

DOÑA MAG.

¿Y no será más seguro,  
que le adquiráis en la paz?

---

JORNADA SEGUNDA

---

- MIRENO.           ¿De qué modo?
- DOÑA MAG.                Bien podéis  
granjealle, si dais traza  
que mi padre os dé la plaza  
de secretario, que veis  
      que está vaca agora, a falta  
de quien la pueda suplir.
- MIRENO.           No nació para servir  
mi inclinación, que es más alta.
- DOÑA MAG.           Pues cuando volar presume,  
las plumas le han de ayudar.
- MIRENO.           ¿Cómo he de poder volar  
con solamente una pluma?
- DOÑA MAG.           Con las alas del favor;  
que el vuelo de una privanza,  
mil imposibles alcanza.
- MIRENO.           Del privar nace el temor,  
      como muestra la experiencia,  
y tener temor no es justo.
- DOÑA MAG.           Don Dionís, este es mi gusto.
- MIRENO.           ¿Gusto es de vuestra excelencia  
      que sirva al Duque? Pues alto.  
Cúmplase, señora, así;  
que ya de un vuelo subí  
al primer móvil más alto.  
      Pues si en esto gusto os doy,  
ya no hay subir más arriba:  
como el Duque me reciba,



secretario suyo soy.

Vos, señora, lo ordenad.

DOÑA MAG. Deseo vuestro provecho,  
y así lo que veis he hecho;  
que ya que os di libertad,  
    pesárame que en la guerra  
la malograrais; yo haré  
como esta plaza se os dé,  
porque estéis en nuestra tierra.

MIRENO. Mil años el cielo guarde  
tal grandeza.

DOÑA MAG. (*Ap.*) Honor, huír;  
que revienta por salir  
por la boca amor cobarde. (*Vase.*)

ESCENA V

MIRENO. Pensamiento, ¿en qué entendéis?  
Vos que a las nubes subís,  
decidme: ¿qué colegís  
de lo que aquí visto habéis?  
declaraos, que bien podéis:  
    decidme, tanto favor  
¿nace de sólo el valor  
que a quien os honra ennoblece?  
¿O erraré si me parece  
que ha entrado a la parte amor?  
    ¡Jesús! ¡Qué gran disparate!

Temerario atrevimiento  
es el vuestro, pensamiento;  
ni se imagine ni trate:  
mi humildad el vuelo abate  
con que sube el deseo vario;  
mas, ¿por qué soy temerario  
si imaginar me prometo  
que me ama en lo secreto  
quien me hace su secretario?  
¿No estoy puesto en libertad  
por ella? Y ya sin enojos,  
por el balcón de sus ojos  
¿no he visto su voluntad?  
Amor me tiene.—Callad,  
lengua loca; que es error  
imaginar que el favor  
que de su nobleza nace,  
y generosa me hace,  
está fundado en amor.

.....

ESCENAS VI A IX

[DON ANTONIO, enamorado de DOÑA SERAFINA, quiere quedarse en el palacio del DUQUE, aunque guardando el incógnito. Para ello solicita y obtiene la plaza de secretario, vacante por la huida de RUY LORENZO.]

ESCENA X

*Jardín del palacio.*

EL DUQUE, DOÑA MAGDALENA.

DUQUE. Si darme contento es justo,  
no estés, hija, desafortunada;  
que no consiste mi muerte  
más de en verte a ti sin gusto.

Esposo te dan los cielos  
para poderte alegrar,  
sin merecer tu pesar  
el Conde de Vasconcelos.

A su padre el de Berganza,  
pues que te escribió, responde;  
escribe también al Conde,  
y no vea yo mudanza  
en tu rostro ni pesar,  
si de mi vejez los días  
con esas melancolías  
no pretendes acortar.

DOÑA MAG. Yo, señor, procuraré  
no tenerlas, por no darte  
pena, si es que un triste es parte  
en sí de que otro lo esté.

DUQUE. Si te diviertes, bien puedes.

DOÑA MAG. Yo procuraré servirte;  
y ahora quiero pedirte,

---

JORNADA SEGUNDA

---

entre las muchas mercedes  
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE. Con condición que se olvide  
aquesa tristeza, pide.

DOÑA MAG. (*Ap.*) (Honra, el amor os despeña.)

El preso que te pedí  
librases, y ya lo ha sido,  
de todo punto ha querido  
favorecerse de mí:

con sólo esto, gran señor,  
parece que me ha obligado:  
y así, a mi cargo he tomado,  
su remedio y tu favor.

Es hombre de buena traza  
y tiene extremada pluma.

DUQUE. Dime lo que quiere, en suma.

DOÑA MAG. Quisiera entrar en la plaza  
de secretario.

DUQUE. Bien poco  
ha que dársela pudiera;  
aún no ha un cuarto de hora entera  
que está ocupada.

DOÑA MAG. (*Ap.*) (Amor loco.

¡Muy bien despachado estáis!  
Vos perderéis por cobarde,  
pues acudistes tan tarde,  
que con alas no voláis.)

DUQUE. Por orden del camarero  
a un mancebo he recibido,

que de Lisboa ha venido  
con aqueso intento a Avero;  
y según lo que en él vi,  
muestra ingenio y suficiencia.

DOÑA MAG. Si gusta vuestra excelencia,  
ya que mi palabra di,  
y él está con esperanza  
que le he de favorecer,  
pues me manda responder  
al Conde y al de Berganza,  
sabiendo escribir tan mal,  
quisiera que se quedara  
en palacio, y me enseñara;  
porque en mujer principal  
falta es grande no saber  
escribir cuando recibe  
alguna carta, o si escribe,  
que no se pueda leer.

Dándome algunas liciones,  
más clara la letra haré.

DUQUE. Alto, pues; lición te dé,  
con que enmiendes tus borrones;  
que en fin, con ese ejercicio  
la pena divertirás,  
pues la tienes porque estás  
ociosa; que el ocio es vicio.

Entre por tu secretario.

DOÑA MAG. Las manos quiero besarte.



DUQUE. Yo haré las partes por vos  
con ella; perded recelos:  
el Conde de Vasconcelos  
vendrá presto, y de las dos  
las bodas celebraré  
luego.

CONDE. El esperar da pena.

DUQUE. No estéis triste, Magdalena.

DOÑA MAG. Yo, señor, me alegraré  
por dar gusto a vuexcelencia.

DUQUE. Vamos a ver lo que escribe  
el Rey.

CONDE. Quien espera y vive,  
bien ha menester paciencia.

(*Vanse el DUQUE y el CONDE.*)

ESCENAS XII A XV

[DOÑA SERAFINA ensaya en el jardín su papel para una representación dramática que ha de celebrarse en el palacio de Avero. DON ANTONIO, por mediación de DOÑA JUANA, está oculto en el jardín con un pintor encargado de hacer en secreto un retrato de DOÑA SERAFINA, la cual, vestida de hombre e ignorante de que la están retratando, declama con gran entusiasmo los versos de la comedia que ha de representar.]

ESCENA XVI

*Habitación de doña Magdalena.*

DOÑA MAGDALENA, MIRENO.

DOÑA MAG. Mi maestro habéis de ser desde hoy.

MIRENO. ¿Qué ha visto en mí, vuestra excelencia, que así me procura engrandecer?

Dará lición al maestro el discípulo desde hoy.

DOÑA MAG. (*Ap.*) ¡Qué claras señales doy del ciego amor que le muestro!

MIRENO. (*Ap.*) ¿Qué hay que dudar, esperanza? Esto, ¿no es tenerme amor? Dígalo tanto favor, muéstrelo tanta privanza.

Vergüenza, ¿por qué impedís la ocasión que el cielo os da? Daos por entendido ya.

DOÑA MAG. Como tengo, don Dionís, tanto amor...

MIRENO. (*Ap.*) Ya se declara, ¡ya dice que me ama, cielos!

DOÑA MAG. Al Conde de Vasconcelos, antes que venga, gustara, no sólo hacer buena letra, pero saberle escribir,



y por palabras decir  
lo que el corazón penetra ;  
que el poco uso que en amar  
tengo, pide que me adiestre  
esta experiencia, y me muestre  
cómo podré declarar

lo que tanto al alma importa  
y el amor mismo me encarga,  
que soy en quererle larga  
y en significarlo corta.

En todo os tengo por diestro ;  
y así me habéis de enseñar  
a escribir, y a declarar  
al Conde mi amor, maestro.

MIRENO. (*Ap.*) ¿Luego no fué en mi favor,  
pensamiento lisonjero,  
sino porque sea tercero  
del Conde? ¿Veis, loco amor,  
cuán sin fundamento y fruto  
torres habéis levantado  
de quimeras, que ya han dado  
en el suelo? Como el bruto  
en esta ocasión he sido,  
en que la estatua iba puesta,  
haciéndole el pueblo fiesta,  
que loco y desvanecido  
creyó que la reverencia,  
no a la imagen que traía,  
sino a él sólo se hacía ;

y con brutal impaciencia  
arrojalla de sí quiso,  
hasta que se apaciguó  
con el castigo, y cayó  
confuso en su necio aviso.

¿Así el favor corresponde,  
con que me he desvanecido?  
Basta; que yo el bruto he sido  
y la estatua es sólo el Conde.

Bien puedo desentonarme,  
que no es la fiesta por mí.

DOÑA MAG. (*Ap.*) (Quise deslumbrarle así,  
que fué mucho declararme.)

Mañana comenzaréis,  
maestro, a darme lición.

MIRENO. Servirte es mi inclinación.

DOÑA MAG. Triste estáis.

MIRENO. ¿Yo?

DOÑA MAG. ¿Qué tenéis?

MIRENO. Ninguna cosa.

DOÑA MAG. (*Ap.*) (Un favor  
me manda amor que le de.)

¡Válgame Dios! Tropecé...

(*Ap.*) (Que siempre tropieza amor.)

(*Tropieza y da la mano a MIRENO.*)

El chapín se me torció.

MIRENO. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿Hay ventura igual?

¿Hízose acaso algún mal  
vuexcelencia?



---

✠

JORNADA SEGUNDA

---

Vergüenza, sufrí y callá;  
bajad ya, atrevidos vuelos,  
vuestra ambición, si a los cielos  
mi desatino os subió,  
que llevo la estatua yo  
del Conde de Vasconcelos.

## JORNADA TERCERA

### ESCENAS I A VI

[RUY LORENZO *se refugia en la casa de LAURO, padre de MIRENO, y le refiere que si intentó la muerte del CONDE DE ESTREMOZ fué para vengar a una hermana suya a la cual había dado el CONDE palabra de casamiento. LAURO se lamenta de la fuga de su hijo MIRENO, y en su dolor dice que él no es pastor ni se llama LAURO, sino que es el DUQUE DE COÍMBRA.*]

LAURO. ....  
Murió el Rey de Portugal,  
mi hermano, en la primavera  
de su juventud lozana;  
mas la muerte, ¿qué no seca?  
De seis años dejó un hijo,  
que agora, ya hombre, intenta  
acabar mi vida y honra;  
y dejando la tutela  
y el gobierno destes reinos  
solos a mí y a la Reina.  
Murió el Rey, sobre el gobierno  
hubo algunas diferencias

---

X

JORNADA TERCERA

---

entre mí y la Reina viuda ;  
porque jamás la soberbia  
supo admitir compañía  
en el reinar, y las lenguas  
de envidiosos lisonjeros  
siempre disensiones siembran.

.....  
Pero cesó el alboroto  
porque, aunque era moza y bella  
la Reina, un mal repentino  
dió con su ambición en tierra.  
Murió, en fin; gocé el gobierno  
portugués sin competencia,  
hasta que fué Alfonso quinto  
de bastante edad y fuerzas.  
Caséle con una hija  
que me dió el cielo, Isabela  
por nombre, aunque desdichada,  
pues ni la estima ni precia.  
Juntáronse al Rey mozo  
mil lisonjeros, que cierran  
a la verdad en Palacio,  
como es costumbre, las puertas.  
Entre ellos un mi enemigo,  
de humilde naturaleza,  
Vasco Fernández por nombre,  
gozó la privanza excelsa :  
y queriendo derribarme  
para asegurarse en ella,

a mi propio hermano induce,  
y para engañarle, ordena  
hacerle entender que quiero  
levantarme con sus tierras,  
y combatirle a Berganza,  
siendo Duque por mí della.

.....

Creyólo, desposeyóme  
de mi Estado y las riquezas  
que en el gobierno adquirí:  
llevóme a una fortaleza,  
donde sin bastar los ruegos,  
ni lágrimas de Isabela,  
mi hija y su esposa, manda  
que me corten la cabeza.  
Supe una noche propicia  
el rigor de la sentencia;

.....

me descolgué de los muros,  
y en aquella noche mesma  
di aviso que me siguiese  
a mi esposa, la Duquesa.  
Supo el Rey mi fuga, y manda  
que al són de roncás trompetas  
me publiquen por traidor,  
dando licencia a cualquiera  
para quitarme la vida,  
poniendo mortales penas

---

JORNADA TERCERA

---

a quien, sabiendo de mí,  
no me lleve a su presencia.

.....  
Murió mi esposa querida,  
y un hijo hermoso me deja,  
que en este traje criado,  
comprando ganado y tierras,  
y hecho de duque pastor,  
ha ya veinte primaveras  
que han dado flores a mayo,  
hierba al prado y a mí penas.

ESCENA VII

*(Habitación de doña Magdalena.)*

DOÑA JUANA, DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA. Don Dionís, señora, viene  
a darte lición. *(Vase.)*

DOÑA MAG. A dar  
lición vendrá de callar,  
pues aun palabras no tiene.  
De suerte me trata amor,  
que mi pena no consiente  
más silencio; abiertamente  
le declararé mi amor,  
contra el común orden y uso,  
mas tiene de ser de modo



que, diciéndoselo todo,  
le he de dejar más confuso.

*(Siéntase en una silla y finge que duerme.)*

ESCENA VIII

MIRENO, DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.           ¿Qué me manda vueexcelencia?  
¿Es hora de dar lición?

*(Ap.)* (Ya comienza el corazón  
a temblar en su presencia.

Pues que calla. no me ha visto;  
sentada sobre la silla,  
con la mano en la mejilla  
está.)

DOÑA MAG. *(Ap.)* En vano me resisto.

Yo quiero dar a entenderme,  
como que dormida estoy.

MIRENO.           Don Dionís, señora, soy.—  
No me responde ¿Si duerme?

Durmiendo está. Atrevimiento,  
ahora es tiempo; llegad  
a contemplar la belleza  
que ofusca mi entendimiento.

Cerrados tiene los ojos,  
llegar puedo sin temor;  
que si son flechas de amor,  
no me podrán dar enojos.





¿Hizo el autor soberano  
de nuestra naturaleza  
más acabada belleza?  
Besarla quiero una mano.

¿Llegaré? Sí; pero no,  
que es la reliquia divina,  
y mi humilde boca indina  
de tocarla. Pero yo

soy hombre ¡y tiemblo! ¿Qué es esto?  
Animo. ¿No duerme? Sí.

*(Llega, y se retira.)*

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí!  
Que el peligro es manifiesto,

.....

El temor al amor venza:  
afuera quiero esperar.

DOÑA MAG. *(Ap.)* ¡Que no se atrevió a llegar!  
¡Mal haya tanta vergüenza!

MIRENO. No parezco bien aquí  
solo, pues durmiendo está.

Yo me voy. *(Ap.)*

DOÑA MAG. *(¿Que al fin se va?)*

*(Fingiendo que habla dormida.)*

Don Dionís...

MIRENO. ¿Llamóme? Sí.

¡Qué presto que despertó!  
Miren ¡qué bueno quedara

si mi intento ejecutara!  
¿Está despierta? Mas no,  
que en sueños pienso que acierta  
mi esperanza entretenida,  
y quien me llama dormida  
no me quiere mal despierta.  
¿Si acaso soñando está  
en mí? ¡Ay, cielos! ¿Quién supiera  
lo que dice?

DOÑA MAG. No os vais fuera;  
llegaos, don Dionís, acá.

MIRENO. Llegar me manda en su sueño.  
¡Qué venturosa ocasión!  
Obedecella es razón,  
pues, aunque duerme, es mi dueño.  
Amor, acabad de hablar;  
no seáis corto.

DOÑA MAG. Don Dionís,  
ya que a enseñarme venís  
a un tiempo a escribir y amar  
al Conde de Vasconcelos...

MIRENO. ¡Ay, celos! ¿Qué es lo que veis?

DOÑA MAG. Quisiera ver si sabéis  
qué es amor y qué son celos:  
porque será cosa grave  
que ignorante por vos quede,  
pues que ninguno otro puede  
enseñar lo que no sabe.

Decidme, ¿tenéis amor?

---

JORNADA TERCERA

---

¿De qué os ponéis colorado?  
¿Qué vergüenza os ha turbado?  
Responded, dejá el temor;

que el amor es un tributo  
y una deuda natural  
en cuantos viven, igual  
desde el ángel hasta el bruto.

Si esto es verdad, ¿para qué  
os avergonzáis así?

¿Queréis bien? —Señora, sí.—  
¡Gracias a Dios que os saqué  
una palabra siquiera!

.....  
¿Y habéis dicho a vuestra dama  
vuestro amor? —No me he atrevido.

—¿Luego nunca lo ha sabido?  
—Como el amor todo es llama  
bien lo habrá echado de ver  
por los ojos lisonjeros,  
que son mudos pregoneros.

—La lengua tiene de hacer  
ese oficio; que no entiende  
distintamente quien ama  
e a lengua que se llama  
algarabía de allende.

¿No os ha dado ella ocasión  
para declararos? —Tanta,  
que mi cortedad me espanta.

—Hablad, que esa suspensión

hace a vuestro amor agravio.

—Temo perder por hablar  
lo que gozo por callar.

—Eso es necesidad ; que un sabio

al que calla y tiene amor  
compara a un lienzo pintado  
de Flandes, que está arrollado.

Poco medrará el pintor  
si los lienzos no descoge  
que al vulgo quiere vender  
para que los pueda ver.

El palacio nunca acoge  
la vergüenza : esa pintura  
desdoblada, pues que se vende,  
que el mal que nunca se entiende  
dificilmente se cura.

—Si ; mas la desigualdad  
que hay, señora, entre los dos,  
me acobarda. —Amor, ¿ no es dios ?

—Sí, señora. —Pues hablad ;

que sus absolutas leyes  
saben abatir monarcas,  
e igualar con las abarcas  
las coronas de los reyes.

Yo os quier • ser medianera :  
decidme a mí a quién amáis.

—No me atrevo. —¿ Qué dudáis ?

¿ Soy mala para tercera ?

—No ; pero temo, ¡ ay de mí !

—¿Y si yo su nombre os doy?  
¿Diréis si es ella, si soy  
yo acaso? —Señora, sí.

—¡Acabara yo de hablar!  
¿Mas que sé que os causa celos  
el Conde de Vasconcelos?

—Háceme desesperar;  
que es, señora, vuestro igual  
y heredero de Berganza.

—La igualdad y semejanza  
no está en que sea principal,  
o humilde y pobre el amante,  
sino en la conformidad  
del alma y la voluntad.

Declaraos de aquí adelante,  
don Dionís; a esto os exhorto;  
que en juegos de amor no es cargo  
tan grande un cinco de largo  
como es un cinco de corto.

Días ha que os preferí  
al Conde de Vasconcelos.

MIRENO. ¡Qué escucho, piadosos cielos!

(*Da un grito MIRENO, y hace que despierta DOÑA  
MAGDALENA.*)

DOÑA MAG. ¡Ay, Jesús! ¿Quién está aquí?  
¿Quién os trajo a mi presencia,  
don Dionís?

MIRENO. Señora mía...



- DOÑA MAG. ¿Qué hacéis aquí?
- MIRENO. Yo venía  
a dar a vuestra excelencia  
lición; halléla durmiendo,  
y mientras que despertaba,  
aquí, señora, aguardaba.
- DOÑA MAG. Dormíme, en fin, y no entiendo  
de qué pudo sucederme;  
que es gran novedad en mí  
quedarme dormida así. (*Levántase.*)
- MIRENO. Si sueña, siempre que duerme  
vuestra excelencia, del modo  
que agora, ¡dichoso yo!
- DOÑA MAG. (*Ap.*) ¡Gracias al cielo que habló  
este mudo!
- MIRENO. (*Ap.*) Tiemblo todo,
- DOÑA MAG. ¿Sabéis vos lo que he soñado?
- MIRENO. Poco es menester saber  
para eso.
- DOÑA MAG. Debéis de ser  
otro José.
- MIRENO. Su traslado  
en la cortedad he sido,  
pero no en adivinar.
- DOÑA MAG. Acabad de declarar  
cómo el sueño habéis sabido.
- MIRENO. Durmiendo vuestra excelencia,  
por palabras le ha explicado.
- DOÑA MAG. ¡Válame Dios!

- MIRENO. Y he sacado  
en mi favor la sentencia,  
que falta ser confirmada,  
para hacer mi dicha cierta,  
por vuexcelencia despierta.
- DOÑA MAG. Yo no me acuerdo de nada.  
Decídmelo; podrá ser  
que me acuerde de algo agora.
- MIRENO. No me atrevo, gran señora.
- DOÑA MAG. Muy malo debe de ser,  
pues no me lo osáis decir.
- MIRENO. No tiene cosa peor  
que haber sido en mi favor.
- DOÑA MAG. Mucho lo deseo oír:  
acabad ya, por mi vida.
- MIRENO. Es tan grande el juramento,  
que anima mi atrevimiento.  
Vuestra excelencia dormida...  
—Tengo vergüenza.—
- DOÑA MAG. Acabad;  
que estáis, don Dionís, pesado.
- MIRENO. Abiertamente ha mostrado  
que me tiene voluntad.
- DOÑA MAG. ¿Yo? ¿Cómo?
- MIRENO. Alumbro mis celos,  
y en sueños me ha prometido...
- DOÑA MAG. ¿Sí?
- MIRENO. Que he de ser preferido  
al Conde de Vasconcelos.

Mire si en esta ocasión  
son los favores pequeños.

DOÑA MAG. Don Dionís, no creáis en sueños,  
que los sueños, sueños son. (*Vase.*)

ESCENA IX

MIRENO. ¿Ahora sales con eso?  
Cuando sube mi esperanza,  
¡carga el desdén la balanza  
y se deja en fiel el peso!

.....

Calle el alma su pasión  
y sirva a mejores dueños,  
sin dar crédito a más sueños,  
que los sueños, sueños son.

ESCENAS X A XVI

[DON ANTONIO *declara su amor a* DOÑA SERAFINA. *Esta le rechaza y le afea su conducta por haberse fingido secretario del DUQUE. DON ANTONIO, al verse así despreciado, arroja a los pies de DOÑA SERAFINA el retrato que hizo pintar en el jardín, y se marcha indignado.*

DOÑA SERAFINA *examina el retrato y nota que aquel hombre tiene con ella un extraordinario pare-*

*cido. Deseando saber quién es el retratado, llama nuevamente al CONDE DON ANTONIO para que se lo confiese; y el CONDE inventa un nuevo ardid para conseguir el amor de SERAFINA. Dice que él no está directamente interesado en aquel amor y que se introdujo fraudulentamente en Palacio para servir de mediador entre DOÑA SERAFINA y DON DIGNÍS DE COÍMBRA, el cual se enamoró de ella un día que estuvo en Avero disfrazado de pastor.—Aquel retrato es de DON DIGNÍS. DOÑA SERAFINA cree el embuste y accede a tener aquella noche una entrevista con el DON DIGNÍS del retrato.]*

ESCENA XVII

*Habitación de doña Magdalena.*

EL DUQUE, DOÑA MAGDALENA; después MIRENO.

DUQUE.           Quiero veros dar lición;  
que la carta que ayer vi  
para el Conde, en que leí  
del sobrescrito el renglón,  
me contentó. Ya escribís  
muy claro.

DOÑA MAG.           Y aún no lo entiende  
con ser tan claro, y se ofende  
mi maestro don Dionís. *(Sale MIRENO.)*

MIRENO.           ¿Llámame vuestra excelencia?

DOÑA MAG.       Sí; que el Duque, mi señor,

quiere ver si algo mejor  
escribo. Vos experiencia  
tenéis de cuán escribana  
soy; ¿no es verdad?

MIRENO. Sí, señora.

DOÑA MAG. Escribí, no ha un cuarto de hora,  
medio dormida, una plana  
tan clara, que la entendiera  
aun quien no sabe leer.  
¿No me doy bien a entender,  
don Dionís?

MIRENO. Muy bien.

DOÑA MAG. Pudiera  
serviros, según fué buena,  
de materia para hablar  
en su loor.

MIRENO. Con callar  
la alabo: sólo condena  
mi gusto el postrer renglón,  
por más que la pluma excuso,  
porque estaba muy confuso.

DOÑA MAG. Diréislo por el borrón  
que eché a la postre.

MIRENO. ¿Pues no?

DOÑA MAG. Pues adrede le eché allí.

MIRENO. Sólo el borrón corregí,  
porque lo demás borró.

DOÑA MAG. Bien lo pudisteis quitar,  
que un borrón no es mucha mengua.

JORNADA TERCERA

---

MIRENO.       ¿Cómo?

DOÑA MAG.    (*Aparte a MIRENO.*)

El borrón con la lengua  
se quita, y no con callar.—

Ahora bien, cortá una pluma.

MIRENO.       Ya, gran señora, la corto.

DOÑA MAG.    (*Enojada.*) Acabad, que sois muy corto.

Vuestra excelencia presume  
que de vergüenza no sabe  
hacer cosa de provecho.

DUQUE.        Con todo, estoy satisfecho  
de su letra.

DOÑA MAG.        Es cosa grave  
el dalle avisos por puntos,  
sin que aproveche. Acabad.

DUQUE.        Magdalena, reportad.

MIRENO.        ¿Han de ser cortos los puntos?

DOÑA MAG.        ¡Qué amigo sois de lo corto!  
Largos los pido; cortaldos  
de aqueste modo, o dejaldos.

MIRENO.        Ya, gran señora, los corto.

DUQUE.        ¡Qué mal acondicionada  
sois!

DOÑA MAG.        Un hombre vergonzoso  
y corto, es siempre enfadoso.

MIRENO.        Ya está la pluma cortada.

DOÑA MAG.        Mostrad. ¡Y qué mala! ¡Ay Dios!  
(*Pruébala y arrójala.*)

DUQUE.        ¿Por qué la echáis en el suelo?

DOÑA MAG. ¡ Siempre me la dais con pelo!  
Líbreme el cielo de vos.  
Quitalde con el cuchillo.  
No sé de vos qué presuma;  
siempre con pelo la pluma  
(Ap.) y la lengua con frenillo.  
MIRENO (Ap.) Propicios me son los cielos;  
todo esto es en mi favor.

ESCENA XVIII

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE. Dadme albricias, gran señor;  
el Conde de Vasconcelos  
está sólo una jornada  
de vuestra villa.

DOÑA MAG. (Ap.) ¡ Ay de mí!

CONDE. Mañana llegará aquí,  
porque trae tan limitada,  
dicen, del Rey la licencia,  
que no hará más de casarse  
mañana, y luego tornarse.  
Apreste vuestra excelencia  
lo necesario, que yo  
voy a recibirle luego.

DUQUE. ¿ No me escribe?

CONDE. Aqueste pliego.

DUQUE. Hija, la ocasión llegó  
que deseo.

- DOÑA MAG. (*Ap.*) Saldrá vana.
- MIRENO. (*Ap.*) ¡Ay, cielo!
- DOÑA MAG. (*Ap.*) Mi bien suspira.
- DUQUE. Vamos, deja aqueso y mira  
que te has de casar mañana.  
(*Vanse el DUQUE y el CONDE.*)
- DOÑA MAG. (*Escribe.*) Don Dionís, en acabando  
de escribir aquí, leed  
este billete, y haced  
luego lo que en él os mando.
- MIRENO. Si ya la ocasión perdí,  
¿qué he de hacer? ¡Ay, suerte dura!
- DOÑA MAG. Amor todo es coyuntura. (*Vase.*)

ESCENA XIX

- MIRENO. Fuése. El papel dice así:  
(*Lee.*) *No da el tiempo más espacio:  
esta noche en el jardín  
tendrán los temores fin  
del Vergonzoso en Palacio.*  
¡Cielos! ¿Qué escucho? ¿Qué veo?  
¿Esta noche? ¡Hay más ventura!  
¿Si lo sueño? ¿Si es locura?  
No es posible, no lo creo.  
*Esta noche en el jardín...*  
¡Vive Dios, que está aquí escrito  
mi bien! A buscar a Brito  
voy. ¿Hay más dichoso fin?



Presto en tu florido espacio  
dará envidia entre mis celos  
al Conde de Vasconcelos  
*el Vergonzoso en Palacio. (Vase.)*

ESCENA XX

[LAURO sabe que su hijo está en Avero y decide ir  
a verle.]

ESCENA XXII

*Palacio del DUQUE, con jardín. Es de noche.*

DOÑA JUANA y DOÑA SERAFINA, *a una ventana.*

DOÑA SER. ¡Ay, querida doña Juana!  
Nota de mi fama doy;  
mas si no me declaro hoy,  
me casa el Duque mañana.

DOÑA JUANA. Don Dionís, señora, es tal,  
que no llega don Duarte  
con la más mínima parte  
a su valor. Portugal  
por su padre llora hoy día;  
para en uno sois los dos;  
gozaos mil años.

DOÑA SER. ¡Ay, Dios!

DOÑA JUANA. No temas, señora mía,  
que mi primo fué por él;  
presto le traerá consigo.

---

JORNADA TERCERA

---

DOÑA SER. El tiene un notable amigo.

DOÑA JUANA. Pocos se hallarán como él.

ESCENA XXIII

DON ANTONIO *y después* TARSO, *como de noche.*—

DICHAS.

DON ANT. Hoy, amor, vuestras quimeras  
de noche me han convertido  
en un don Dionís fingido  
y un don Antonio de veras.

Por uno y otro he de hablar.  
Gente siento a la ventana.

DOÑA JUANA. Ruido suena; no fué vana  
mi esperanza.

TARSO. Este lugar  
mi dichoso don Dionís  
me manda que mire y ronde  
por si hay gente.

DOÑA JUANA. Ce: ¿es el Conde?

DON ANT. Sí, mi señora.

DOÑA JUANA. ¿Venís  
con don Dionís?

TARSO. (Ap.) ¿Cómo es esto?  
¿Don Dionís? La burla es buena.  
¿Mas si es doña Magdalena?  
Reconocer este puesto  
me manda, porque le avise

si anda gente, y me parece  
que otro en su lugar se ofrece;  
y que le ronde, ande y pise,  
vaya; mas que es don Dionís,  
eso no.

DON ANT. Conmigo viene  
un don Dionís, que os previene  
el alma, que ya adquirís,  
para ofrecerse a esas plantas.  
Hablad, don Dionís; ¿qué hacéis?  
(*Finge la voz.*)

¿Que estoy suspenso no veis,  
contemplando glorias tantas?

Pagar lo mucho que os debo  
con palabras será mengua,  
y así refreno la lengua,  
porque en ella no me atrevo.

Mas, señora, amor es dios,  
y por mí podrá pagar.

DOÑA JUANA. (*Ap.*) ¡Bien sabe disimular  
el habla!

DOÑA SER. ¿No tenéis vos  
crédito para pagarme  
esta deuda?

DON ANT. No lo sé;  
mas buen fiador os daré:  
el Conde puede fiarme.—  
Yo os fío.

TARSO. (*Ap.*) ¡Válgate el diablo!

sólo un hombre es, vive Dios,  
y parece que son dos.

DON ANT. Con mucho peligro os hablo  
aquí; haced mi dicha cierta,  
y tengan mis penas fin.

DOÑA SER. Pues ¿qué queréis?

DON ANT. Del jardín  
tengo ya franca la puerta.

DOÑA JUANA. Mira que suele rondarte  
don Duarte, señora mía,  
y que si aguardas al día,  
has de ser de don Duarte;  
cualquier dilación es mala.

DOÑA SER. ¡Ay, Dios!

DOÑA JUANA. ¡Qué tímida eres!  
¿Entrará?

DOÑA SER. Haz lo que quisieres.

DON ANT. Don Dionís, amor te iguala  
a la ventura mayor  
que pudo dar: corresponde  
a tu dicha. —Amigo Conde,  
por vuestra industria y favor  
he adquirido tanto bien:  
dadme esos brazos; yo soy  
tu amigo, Conde, desde hoy.—  
Yo vuestro esclavo. —Está bien:  
dará el tiempo testimonio  
desta deuda. —Aquí te aguardo,

que así mis amigos guardo:  
entrad. —Adiós, don Antonio.

(*Entrase.*)

DOÑA SER.       ¿Entró?

DOÑA JUANA.       Sí.

DOÑA SER.       ¡Que deste modo  
fuerce amor a una mujer!  
Mas por sólo no lo ser  
del de Estremoz, poco es todo.  
(*Vanse de la ventana.*)

ESCENA XXIV

MIRENO, *de noche.*—TARSO.

MIRENO.       El se debió de quedar,  
como acostumbra, dormido.

TARSO.       Ya queda sustituido  
por otro aquí tu lugar.

MIRENO.       ¿Qué dices, necio? Responde:  
vienes aquí a ver si hay gente,  
¡y estáte aquí, impertinente!

TARSO.       Gente ha habido.

MIRENO.       ¿Quién?

TARSO.       Un Conde,  
y un don Dionís de tu nombre,  
que es uno y parecen dos.

MIRENO.       ¿Estás sin seso?

X

JORNADA TERCERA

---

TARSO. Por Dios,  
que acaba de entrar un hombre  
con tu doña Magdalena,  
que, o es colegial trilingüe,  
o a sí propio se distingue,  
o es tu alma que anda en pena.  
Más sabe que veinte Ulises.  
Algún traidor te ha burlado,  
o yo este enredo he soñado,  
o aquí hay dos don Dionises.

MIRENO. Soñástelo.

TARSO. ¡Norabuena!

ESCENA XXV

DOÑA MAGDALENA, *a la ventana*.—MIRENO, TARSO.

DOÑA MAG. ¿Si habrá don Dionís venido?

TARSO. A la ventana ha salido  
un bulto.

DOÑA MAG. ¡Ay Dios! Gente suena.  
Ce: ¿es don Dionís?

MIRENO. Mi señora,  
yo soy ese venturoso.

DOÑA MAG. Entrad, pues, mi vergonzoso.  
*(Vase de la ventana.)*

MIRENO. ¿Crês, que lo soñaste agora?

TARSO. No sé.

MIRENO. Si mi cortedad

fué vergüenza, adiós vergüenza;  
que seréis, como no os venza,  
desde agora necedad. (*Vase.*)

ESCENAS XXVI y XXVII

[LAURO, RUY LORENZO y algunos pastores llegan a Avero en el momento en que un heraldo publica el siguiente bando:]

“El rey nuestro señor, Alfonso el V, manda: Que en todos sus Estados reales, con solemnes y públicos pregones, se publique el castigo que en Lisboa se hizo del traidor Vasco Fernández, por las traiciones que a su tío el duque don Pedro de Coímbra ha levantado, a quien por leal vasallo y noble, y en todos sus Estados restituye; mandando que en cualquier parte que asista, si es vivo, le respeten como a él mismo; y si es muerto, su imagen hecha al vivo pongan sobre un caballo, y una palma en la mano, le lleven a su corte, saliendo a recibirle los lugares: y declara a los hijos que tuviere por herederos de su patrimonio, dando a Vasco Fernández y a sus hijos por traidores, sembrándoles sus casas de sal, como es costumbre en estos reinos, desde el antiguo tiempo de los godos. Mándase pregonar para que venga a noticia de todos.”







---

JORNADA TERCERA

---

- LAURO. Gracias a vuestra piedad,  
recto Juez, clemente y sabio,  
que volvéis por mi justicia.
- RUY. El parabién quiero daros  
con las lágrimas que vierto:  
gocéisle, Duque, mil años.
- DUQUE. ¿Qué labradores son éstos,  
que hacen extremos tantos?
- CONDE. ¡Ah, buena gente! Mirad  
que os llama el Duque.
- LAURO. Trabajos,  
si me habéis tenido mudo,  
ya es tiempo de hablar. ¿Qué aguardo?  
Dadme aquesos brazos nobles,  
Duque ilustre, primo caro.  
Don Pedro soy.
- DUQUE. ¡Santos cielos,  
dos mil gracias quiero daros!
- CONDE. ¡Gran Duque! ¡En aqueste traje!
- LAURO. En éste me he conservado  
con vida y honra hasta agora.  
.....
- DUQUE. Es el Conde de Estremoz,  
a quien la palabra he dado  
de casalle con mi hija  
la menor, y agora aguardo  
al Conde de Vasconcelos,  
sobrino vuestro.
- LAURO. Mi hermano

- estará ya arrepentido,  
si traidores le engañaron.
- DUQUE. Doile a doña Magdalena,  
mi hija mayor.
- LAURO. Sois sabio  
en escoger tales yernos.
- DUQUE. Y venturoso otro tanto,  
en que seréis su padrino.
- RUY. (*Ap.*) Aunque el Conde me ha mirado,  
no me ha conocido. ¡Ay cielos!  
¿Quién vengará mis agravios?
- DUQUE. Hola, llamad a mis hijas,  
que de suceso tan raro,  
por la parte que les toca,  
es bien darles cuenta...

ESCENA XXVIII

DOÑA MAGDALENA, DOÑA SERAFINA, DOÑA JUANA.—  
DICHOS.

- DOÑA MAG. ¿Qué manda vuestra excelencia?
- DUQUE. Que beséis, hijas, las manos  
al gran Duque de Coímbra,  
vuestro tío.
- DOÑA MAG. ¡Caso raro!
- LAURO. Lloro de contento y gozo.
- DOÑA SER. (*Ap.*) Mi suerte y ventura alabo:  
ya segura gozaré

- mi don Dionís, pues ha dado  
fin el cielo a sus desdichas.
- LAURO. Gocéis, sobrinas, mil años,  
los esposos que os esperan.
- DOÑA SER. El cielo guarde otros tantos  
la vida de vuexcelencia.
- DOÑA MAG. Si la mía estima en algo,  
le suplico, así propicios  
de aquí adelante los hados  
le dejen ver reyes nietos  
y venguen de sus contrarios,  
que este casamiento impida.
- DUQUE. ¿Cómo es eso?
- DOÑA MAG. Aunque el recato  
de la mujeril vergüenza  
cerrarme intente los labios,  
digo, señor, que ya estoy  
casada.
- DUQUE. ¿Cómo! ¿Qué aguardo?  
¿Estás sin seso, atrevida?
- DOÑA MAG. El cielo y amor me han dado  
esposo, aunque humilde y pobre,  
discreto, mozo y gallardo.
- DUQUE. ¿Qué dices, loca? ¿Pretendes  
que te mate?
- DOÑA MAG. El secretario  
que me diste por maestro  
es mi esposo.
- DUQUE. Cierra el labio.

¡Ay, desdichada vejez!  
Vil, ¿por un hombre tan bajo  
al Conde de Vasconcelos  
desprecias?

DOÑA MAG. Ya le ha igualado  
a mi calidad amor,  
que sabe humillar los altos  
y ensalzar a los humildes.

DUQUE. Daréte la muerte.

LAURO. Paso,  
que es mi hijo vuestro yerno.

DUQUE. ¿Cómo es eso?

LAURO. El secretario  
de mi sobrina, vuestra hija,  
es Mireno, a quien ya llamo  
don Dionís, y mi heredero.

DUQUE. Ya vuelvo en mí: por bien dado  
doy mi agravio de ese modo.

DOÑA MAGDALENA.

¿Hijo es vuestro? ¡Ay, Dios! ¿Qué aguardo,  
que no beso vuestros pies?

DOÑA SERAFINA.

Eso no, porque es engaño:  
don Dionís, hijo del Duque  
de Coímbra, es quien me ha dado  
mano y palabra de esposo.

DUQUE. ¡Hay hombre más desdichado!

DOÑA SER. Doña Juana es buen testigo.

---

JORNADA TERCERA

---

DOÑA MAG. Don Dionís está en mi cuarto,  
y mi cámara.

DOÑA SER. ¡Qué bueno!  
En la mía está encerrado.

LAURO. Yo no tengo más que un hijo.

DUQUE. Traiganlos luego. ¡En qué caos  
de confusión estoy puesto!

.....

ESCENA XXIX

MIRENO. — DICHOS.

MIRENO. Confuso vengo a tus pies.

LAURO. Hijo mío, aquesos brazos  
den nueva vida a estas canas.  
Este es don Dionís.

DOÑA SER. ¡Qué engaños  
son éstos, cielos crueles?

DUQUE. Abrazadme, que ya ha hallado  
el más gallardo heredero  
de Portugal, este Estado.

LAURO. ¿Qué miras, hijo, perplejo?  
El nombre toscó ha cesado  
que de Mireno tuviste;  
ni lo eres, ni soy Lauro,  
sino el Duque de Coímbra:  
el Rey está ya informado  
de mi inocencia.

MIRENO.

¿Qué escucho?

¡Cielos! ¡Amor! ¡Bienes tantos!

ESCENA XXX

DON ANTONIO.—DICHOS.

DON ANT. Dame, señor, esos pies.

DUQUE. ¿A qué venís, secretario?

DOÑA SER. Conde, ¿qué es de don Dionís,  
mi esposo?

.....

[Se descubre que DON ANTONIO es el Conde de Penela; el DUQUE le perdona y accede a que DOÑA SERAFINA sea su esposa. EL CONDE DE ESTREMOZ se casa con LEONELA, hermana de RUY LORENZO, y éste, después de perdonado, vuelve a ocupar el cargo de secretario.]





## LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA

JORNADA 2.ª, ESCENA II.

FERNANDO PIZARRO

Gonzalo, ¿cómo es posible  
que el ánimo os satisfaga  
si por el premio o la paga  
hacéis el valor vendible?  
Hasta ese punto invencible,  
ya os habéis afeminado,  
que quien hace interesado  
cuando de su esfuerzo fía  
las hazañas granjería,  
mercader es, no soldado.

Hágase al plebeyo igual,  
pierda de noble la ley  
quien a su patria o su rey  
le sirve por el jornal;  
que el generoso, el leal,  
el premio que ha de adquirir  
es la fama hasta morir,  
y ésta estriba en pretender



---

*LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA*

---

merecer por merecer,  
servir sólo por servir.

Fuí a España, y a Carlos Quinto  
le presenté este occidente,  
y ya veis si del presente  
lo que se vende es distinto.  
Cuanto esta zona, este cinto  
ciñe y abraza este mar  
le di; no había de tomar  
corta paga, a no ser necio,  
que lo que no tiene precio  
mejor se está sin premiar.

En Almagro el César doble  
gobiernos que ha menester;  
cobre él como mercader,  
sírvale yo como noble.  
De estéril laurel y roble  
coronó la antigüedad  
al valor y a la lealtad  
y de infructífera grama,  
en prueba de que la fama  
sólo busca eternidad.



## ÍNDICE

EL CONDENADO POR DESCONFIADO.....	5
LA PRUDENCIA EN LA MUJER.....	69
EL VERGONZOSO EN PALACIO.....	139
LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA.....	213

## ERRATAS

<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
8	6	vil y de barro	vil, de barro
13	17	¿Qué de hacer?	¿Qué he de hacer?
48	25	ALCALDE	ALCAIDE
119	18	agraviado,	agraviado,
121	21	daré a Trujillo	daré Trujillo

